

EXTRA



"EL AQUELARRE".

Goya (Museo Lázaro Galdiano).

EL EROTISMO Y ESPAÑA

Sin pretensiones de agotar el tema, se abordan en estas páginas diversos aspectos del erotismo y la sexualidad en nuestro país.

Camilo José Cela, inmortal ya, nos ofrece en su trabajo «LEYENDO EL QUIJOTE EN BUSCA DE UNA SOLA PALABRA», un Cela más cercano a su «Diccionario secreto» que a su obra novelística («La familia de Pascual Duarte», «Pabellón de reposo», «La colmena», «San Camilo»...).

Gonzalo Torrente Ballester, tan importante novelista («El señor llega», «Don Juan», «Donde da la vuelta el aire») como crítico literario e historiador de la literatura española, describe la evolución de «EL EROTISMO EN LA CALLE».

María Aurelia Capmany no es la primera vez que habla sobre el tema. Cabe destacar, aparte de su importante obra novelística y dramática, «La dona a Catalunya». En «FEMINIDAD O EL SEXO COMO CONDICION ESPECIFICA» denuncia la aberrante idea de que la mujer es un todo sexual.

Xavier Domingo reivindica la obra de Felipe Trigo en su trabajo «REHABILITACION DEL DOCTOR FELIPE TRIGO, NOVELISTA SEXOLOGO ESPAÑOL». Xavier Domingo ha publicado varias novelas en Francia y el ensayo «L'erotisme dans l'Espagne» (Pauvert, París).

El **doctor Ortega**, jefe de los Servicios Psiquiátricos de la provincia de Palencia, analiza como científico las diversas fases del desarrollo de la sexualidad, el camino hacia la madurez, en «SOBRE EL USO DEL MATRIMONIO».

Junto a estos colaboradores, dos firmas familiares para nuestros lectores: **E. Haro Tecglen** —«COMO SE FABRICA UNA ESPAÑOLA»— y **Luis Carandell** —«CELTIBERIA SEX»—.

EL EROTISMO Y ESPAÑA

De alguna forma, la ruptura medieval entre el Alma y el Cuerpo se asentó en España durante el Renacimiento; no hubo aquí el pacto del suave y reposado humanismo que suponía el entendimiento en un cierto terreno estético («Dios es lo Bello»), sino que, por el contrario, se profundizó la escisión, y no sólo por místicos y ascetas, sino también por los autores civiles (y pueden llamarse civiles, a pesar de sus hábitos, a Calderón y a Tirso). Esta grave herida contra el individuo («Indivisuum», indivisible), contra la unidad del hombre, se ha perpetuado, se ha estabilizado en el inconsciente colectivo. Forma parte de las ideas recibidas, se repite en forma de tópico y condiciona una serie de actitudes y comportamientos. De una manera esencial, el comportamiento erótico. El erotismo agónico, de sabor amargo, entre sádico y masoquista, desequilibrado y contradictorio, que forma parte de la psicología nacional es singular. No se encuentran paralelos en otras zonas, ni aun mediterráneas.

Hay quien tiene el gusto profundo de ese erotismo. En una época en que se intentaba el laicismo en la vida española, algún escritor ateo buscaba la fórmula de sustituir la noción de pecado por alguna otra que fuese capaz de sostener la misma tensión. Las presiones sociales no son suficientes. Las presiones sociales le dan su carácter de pericia y de aventura; cuando son excesivas, pueden convertirlo en frustración o en tragedia. Pero su característica esencial es la represión interior, la auto-represión. Es la base esencial del erotismo español. La represión exterior tan exagerada, tan visible, tan enfática, llega a tener algo de cómico. Un escritor francés, Paul Werre, decía que en España toda la organización social, política y económica no parecía tener más que un objetivo: evitar la consumación del acto del amor. Estos mecanismos grotescos, explicados ya detenidamente por Wencaslao Fernández Flórez en «Relato Inmoral» hace unos cuarenta años, alcanzan su significación plena cuando sus elementos sirven al mecanismo de la auto-represión y a la terrible dialéctica de lo posible/imposible.

Tengamos, por ejemplo, la censura de hace unos años. Su mecanismo se identificaba perfectamente al de la pornografía, hasta aparecer como sustituta de ella. No nos referiremos ahora a sus torpezas o errores (como el tan citado de «Mogambo», donde por suprimir un adulterio se creaba un incesto), sino a sus aciertos: los cortes bruscos de escenas amorosas —que se adivinaban por los preparativos y luego por las consecuencias— o de exhibición de cuerpos femeninos, era un equivalente bastante exacto de las antiguas danzarinas de abanicos: totalmente desnudas, pero con un enorme abanico en cada mano. Se cubrían velozmente con uno mientras se descubrían con el otro, de forma que los espectadores nunca llegaban a saber si realmente veían algo o imaginaban que lo veían. Algunas especialistas de «strip-tease» consiguen lo mismo con juegos de luces y sombras, con movimientos rápidos y repentinas caídas de telón. Hace muchos años, en una cierta ciudad, un frailecito preocupado consideraba que sus conciudadanos no estaban maduros para presenciar las películas que llegaban de Madrid (mientras en Madrid se pensaba que no había madurez para ver lo que llegaba de París o de Londres) y ejercía una censura personal: tapaba con la mano el proyector en las escenas que consideraba peligrosas, después de un pase previo. Al cabo de un tiempo de ese tratamiento, la ciudad estaba tan erotizada como si acudiese a diario a un espectáculo de «strip-tease»: la misma ansiedad, la misma frustración, la misma angustia de ver y no ver, de tener y no tener.

Numerosas formas de presión social han desaparecido hoy o han variado con respecto a esos años pasados. Se supone que las libertades irán en aumento. Los optimistas pueden decir que ello se debe a una mayor madurez del español. Parece, más bien, que se trata de un aumento de la auto-represión. Es la consecuencia de la larga doma secular. El ciudadano español ha aumentado notablemente su capacidad de ser carcelero de sí mismo. Las tendencias medievales y renacentistas españolas se sostienen: hay división de la personalidad.

Pero la acentuación de libertades por parte de la sociedad, que ablanda así su aspecto represivo, no parece que se produzca precisamente ni por la posible madurez ni por la creciente auto-represión, sino por una necesidad propia de esa sociedad instalada en los sistemas de consumo. Se sabe que el instinto sexual es un agente transmisor de actitudes, formas y comportamientos sociales, como se sabe su importancia en el desarrollo cultural. Las tendencias so-

cioculturales en una sociedad de consumo moderna, aconsejan una relajación de las tensiones, una noción creciente de la auto-recompensa (reflejada en las frases publicitarias «Usted se merece...», «Prémiese con...»), y ello no concuerda con la austeridad de una sociedad represiva en materias sexuales. Las llamadas «sociedades permisivas» o «tolerantes», de reciente aparición, obedecen a esta necesidad de que el contexto social y cultural concuerde con la organización económica del consumo. La misma adjetivación de «permisivas» o «tolerantes» indica ya que el control no ha salido nunca de manos de los poderes organizadores de la sociedad, que son los que permiten o toleran, los que fijan los límites y en cualquier momento pueden retraerlos o ampliarlos.

Una gran parte de los detentadores del poder, los sectores tradicionales, no han acertado aún a vislumbrar los beneficios de la tolerancia controlada y la confunden con la pérdida del control y, finalmente, del poder. Esto sucede en todas las etnias con mayor o menor incidencia. En Suecia o Dinamarca, el grupo tolerante domina hasta dar a la sociedad un aspecto muy próximo a la libertad auténtica; en Gran Bretaña hay predominio del grupo tolerante sobre el tradicional (a pesar del triunfo de los conservadores o quizá precisamente por ello); en Francia hay en los últimos años una contracción en favor de los represores, y en Estados Unidos se manifiesta en forma de lucha desgarrada entre los dos extremos, como consecuencia de las circunstancias históricas actuales del país, en el que toda oposición se presenta como violenta. En España, el equilibrio es inestable.

En España hay, por muchas razones justificables por su historia reciente, predominio de un grupo senatorial —a pesar de la juventud de muchos dirigentes—, cuyo momento de culmen y perfección coinciden con la moral tradicional, y no admiten la moral de consumo. Por otra parte, el consumo en sí no es lo suficientemente fuerte como para imponer con carácter predominante su propia moral, como sucede en otros países. Opera con arreglo a clases sociales. Las más elevadas —las de mayor capacidad adquisitiva— asumen con mayor facilidad la nueva moral. Pero, como ya sabemos, las modas —que durante algún tiempo suponen estilos de vida— son formas imitativas de las clases inferiorizadas a las clases elevadas, con la sensación de que al adoptar la forma se asumirá también el fondo.

Todo esto ofrece una salida muy española: la apariencias. En realidad, nuestra manera de practicar la sociedad tolerante es la de tolerar apariencias. Esto es muy notable en una etnia de gran valoración litúrgica, que ha dado secularmente una gran importancia a lo visible, hasta el punto de que la defensa de las apariencias forma parte de los códigos del honor. Al encontrarnos con la apariencia en el terreno del erotismo, nos encontramos, de nuevo, con la división de la personalidad. Estamos en el gran terreno español. El ambiente se erotiza, la auto-represión aumenta (y es preciso explicar que la auto-represión es siempre un estado de defensa; trata de evitar que intervenga la represión externa, que puede ser más grave).

Las formas de descarga del erotismo ambiente son inconscientes: o los productos de sustitución (alcohol, tabaco, velocidad, baile), o el producto directo del juego erotización/represión: el objeto de consumo. Nótese que mientras en otras etnias la relajación de costumbres concuerda con el contexto socioeconómico que necesita el consumo para desarrollarse, en la nuestra, el objeto de consumo tiene que soportar por sí solo la descarga producida por la erotización, de forma que el consumo se realiza con agresividad y violencia. Con el mismo fondo de agresividad y violencia con que suelen resolverse, también, las tensiones eróticas por vía sexual, como consecuencia de su fundamentación esquizoide.

Sin embargo, la explotación de la sexualidad se produce. Las explotaciones por vía de la sublimación, sobre la ingenua idea arcaica de la existencia de una «energía» que se «perdería» en la función sexual, pero que se «utilizaría» o «canalizaría» en forma productiva (Marañón, casto y represivo, proponía la sublimación por el trabajo y el deporte), no han dado, naturalmente, resultado, y hoy se sabe por qué: porque la represión produce neurosis contrarias al buen desarrollo productivo del hombre. Esta nueva forma de explotación del instinto sexual, sustituyéndolo por el consumo, puede ser utilizada durante un tiempo. Mientras se desarrolla, mientras se llega a una saturación. Hasta que el grupo así explotado llega a sentir que a una ansiedad se ha sumado otra ansiedad, y las descargas son falsas.

QUE uno sepa —y dicho sea con perdón, uno de esto sabe casi todo— Cervantes escribió sin remilgo y a voleo las palabras que fue precisando para llamar a las cosas por su nombre, regla de oro de la literatura que suele ahogarse en las aguas mansas por las que navegan, cogiéndose la velita de proa con un papel de fumar, los ruines botes de la ñoñería. En Cervantes se documentan cuatro de las once voces que, causadas por el latín *putus*, niño, o por el también latín *putida*, hedionda —que en etimologías no hemos de entrar ahora—, registra el diccionario de la Academia: puta, putería, putesco, puto, con el satélite hideputa o hijo de puta dándoles fiel escolta; las siete palabras que figuran en el diccionario y no en Cervantes, son: putaismo, putanismo, putaña, putañar, putaño, putero y puto, y aún otras hay que escapan a esta nominilla. En el presente artículo no nos proponemos sino rastrear la voz puta y su apéndice hideputa en el *Quijote* —con lo que ya tendremos tela cortada más que suficiente— y no quisiéramos salirnos del doble ámbito que nos marcamos, sino en caso de necesidad extrema. Antes de observar los sutiles matices con que Cervantes adorna ambos conceptos —gama huidiza, sí, pero evidente, que suele resbalar en los diccionarios— y antes también de releer el venerable texto cervantino, estimamos prudente pasar sobre los valores que a ambas voces se le han venido dando en nuestra lengua: en un par de fueros, en varios centones de refranes anteriores al siglo XVII y en los más solventes diccionarios del castellano.

En los *Fueros de la Novenera*, hacia el año 1200, se lee: «Ninguna muíller que aya marido et la clamen puta...», y en el *Fuero de Zorita de los Canes*, quizá veinte años más viejo que el anterior, se dice: «Todo aquel que muger llamare o denostare diciendo puta o rocina o malata...».

En los *Refranes que dizen las viejas tras el fuego*, del marqués de Santillana, publicados en Sevilla en 1508, o sea a los cincuenta años de muerto y enterrado su autor, no es difícil espigar media docena de ejemplos: *Fabla Marta, responde Justa, una puta a otra busca; Más pobre está que puta en quaresma; Ni de estopa buena camisa, nin de puta buena amiga; No ay espada sin buelta, ni puta sin alcahueta; Putas y tuertos, todos somos bueltos; Tanto se da por mí, como las putas por Aparicio*. Francisco de Espinosa, en su *Refranero*, 1527-1547, editado por la monja Eleanor S.

leyendo el quijote en busca de una sola palabra

Por Camilo José Cela (de la Real Academia Española)



"Bien tirada está", Goya (Museo del Prado).

O'Kane, C. S. C., en el anejo XVIII al *Boletín de la Real Academia Española*, Madrid 1968, anota la locución y los diez adagios que se dicen: *Calláys como puta tuerta; Después de puta, candelera; El hijo de la puta a su padre semeja; El hijo de la puta no se puede llamar huérfano; La liebre y la puta, cabe el camino la busca; Llámame puta tuerta antes que te lo llame; No ay puta sin alcahueta; Puta con dineros o sin ellos, más vale serlo por ellos; ¿Qué tacha ser puta y borracha?; Tres cosas matan al onbre: putas y dados y cominos de odre; Trucha de Nela, puta de Mena, salmón de Ayllón, carnero de Buytrón. Hernán Núñez, el Comendador, en sus *Refranes o proverbios en romance*, Salamanca 1555, se harta de registrar adagios puteros; de ellos copiamos no más que una docena de fraile, que bastantes son para el propósito: *A la puta y a la trucha, do no catares la busca; A la puta y al juglar, a la vejez le viene mal; Con el rey me eché, más puta me hallé; De la puta y paño pardo, mejor es lo más barato; De tabernero novel y de puta del burdel; Escapolo Dios de piedra y niebla, y no de manos de puta vieja; Escriuano, puta y barbero, pacen en vn prado y van por vn sendero; Guarde de puta, que dexa la bolsa enxuta; Guardete Dios del diablo, y de ojo de puta y buelta de dado; La puta y la corneja, mientras más se lava, más negra semeja; Maldición de puta vieja, por do sale por ay se entra; Mentis doña vieja, que yo fui puta mas no pelleja; Ni a la puta por llorar, ni al rufián por jurar.**

No hemos entrado aún en las fuentes documentales y ya se nos antoja farragoso el ejemplario y aburrido el acopio de material; el lector, no obstante, deberá armarse de paciencia —o levantar la vista de estas líneas para no volver a posarlas sobre ellas—, ya que no andamos ni por la mitad. Cumplimos con advertirlo.

Nebrija, en su *Vocabulario español-latino*, Salamanca 14957, da cabida a cuatro putas distintas, en cinco asientos, y a una putilla. El gramático de Isabel la Católica llama puta a las putas a que alude —y putilla a la que merece el diminutivo—, pero distingue a cada una de ellas con un adjetivo que acaba comportándose como sustantivo: al ciceroniano *meretrix* lo traduce por puta ramera; al tan clásico y también documentado en Cicerón *meretricula*, por ramerilla (putilla desta manera); *scortum*, que en Terencius Varro es el cuero o piel y en Plauto y en Cicerón, la ramera, por puta del burdel, como *lupa*, que en Plauto es ramera, *prostibulum*, que en

Plauto es ramera y en San Isidro, burdel, y *nonaria* —así llamada porque no podía abrir la puerta de su casa hasta las nueve—, que en Persius Flaccus es ramera; *summeniana*, que en Valerius Martialis vale por ramera que habita bajo los muros, por puta barbacanera o de las barbacanas, y *bustuarua*, o puta que ejerce en torno al *bustuarium* o pira crematoria de cadáveres, por puta carcavera o de las cárcavas o fosas mortuorias.

Sebastián de Covarrubias, en el *Tesoro de la lengua*, Madrid 1611, llama puta a la ramera o ruin muger y define la putería distinguiendo la casa de las malas mujeres del melindre propio de las tales; el licenciado incluye dos refranes de putas: «ayer putas y oy comadres» y «putas y dados y cominos de odre, matan al hombre»; el *hideputa*, que ahora aparece como hijo de la puta está presente en el refrán «el hijo de la puta a su madre saca de duda» —anotado ya por el Comendador—, por el parecido con el padre, aunque Covarrubias, en su divertida glosa, se anticipe a la teoría de la impregnación (o formule el principio de lo que pudiera llamarse impregnación psíquica) al sostener que «el hijo del adúltero puede parecer al cornudo si quando se concibió estava la madre pensando en su marido, y aquella vehemente imaginación pudo imprimirle su semejança»; todo pudiera ser y, bien mirado, cosas más raras se han visto. La Academia nunca acabó de acertar en estos mundanos menesteres y su diccionario, más convencional y relamido que preciso aunque putañero y en semejantes putas lides, jamás atinó con lo que el pueblo quiso decir al decir lo que siempre dijo. Repasemos la palabra cervantina a través de las ediciones del diccionario.

Puta, en *Autoridades* y en las ediciones de 1780, 1783, 1791 y 1803, es «la muger ruin que se da a muchos», definición que —descabalgándole el adjetivo— no anda demasiado errada y es, desde luego, más cierta que la ofrecida en 1817, «la muger ruin que hace comercio de su cuerpo»; en 1822 se remite a la voz ramera, de la que ya no volverá a salir, y se empeora la definición, con más solemnidad de la precisa y menos rigor del deseable, diciendo: «la muger que hace ganancia de su cuerpo entregada vilmente al vicio de la sensualidad por el interés». ¡Válganos Santa María Magdalena, que fue del oficio, y a qué extremos conduce el tomar el culo por las cuatro témporas y el confundir la lexicografía con la catequesis! Las ediciones de 1833, 1837, 1843 y 1852 repiten lo mismo, y en la de 1869 se lee lascivia donde se leía sensualidad, lo

que no arregla nada; en 1884 se le quita el artículo del arranque y se deja todo lo demás tal cual, y así camina en las de 1899 y 1914; en la de 1925 se le apea el señalamiento «por el interés» —puntualización oportuna puesto que ya se decía que hace ganancia—, fórmula que copian las ediciones de 1939, 1947, 1956 y 1970; en esta última se establece una novedad: la remisión, en la voz puta, a los artículos prostituta, ramera y mujer pública, a todas luces innecesaria ya que prostituta se da como mujer pública y ramera, y mujer pública se identifica con ramera. Casares, *Diccionario ideológico*, complica, «mujer que se entrega al comercio carnal por interés»; Gili Gaya, *Diccionario Vox*, moraliza, «pecadora pública profesional», y María Moliner, *Diccionario de uso*, nada aclara: «mujer que hace profesión de entregar su cuerpo por dinero al apetito sexual de los hombres».

A uno se le hace extraña tal prolijidad definitoria y tanta confusión en lo que se define. De cualquiera de las papeletas anotadas se colige que el concepto que perseguimos viene determinado por la entrega interesada (tan sólo en las cinco primeras ediciones académicas no se exige la concurrencia del interés) que hace la mujer de su cuerpo con fines deshonestos; la sensualidad de 1822 (sensualidad, calidad de sensual; sensual, perteneciente al apetito carnal), la lascivia de 1869 (lascivia, propensión a los deleites carnales), el comercio carnal de Casares (comercio, comunicación y trato secreto, por lo común ilícito, entre dos personas de distinto sexo), la pecadora pública de Gili Gaya (pecadora, ramera) y el hartazgo de apetitos sexuales exigido por la definición de María Moliner, apuntan sin lugar a dudas a la comisión de lo que en castellano se llama cópula, acción de copularse, de unirse o juntarse carnalmente, e implica, por principio, la presencia del vicio o, deteniéndonos ante los muros del procedimiento, la ausencia de vínculo marital entre los actores. La cópula carnal tenida fuera del matrimonio se llama, en castellano, fornicación y, de la mano viene, a la ramera —que no siempre a la puta, como pronto ha de verse— podría definirse como la fornicaria interesada, si no hubiera otras determinantes incidiendo sobre el concepto.

Es evidente que la mujer puede darse a la fornicación no tan sólo por interés sino también —y aun antes— por lujuria, por espíritu de aventura, por curiosidad, por venganza, por prurito de coleccionismo, por aburrimiento, por desesperación, por amor. No menos evidente resul-

ta que, en todos y en cada uno de estos casos, la mujer puede fornicar con uno solo o con varios y sucesivos hombres. Resultaría obvio asegurar que a ninguna cabe el nombre de ramera: no es ramera la mujer que se entrega a un hombre que no es su marido, e incluso a múltiples hombres, por causa ajena al interés, como tampoco cabe decirse a la mujer que se entrega a un solo hombre aun siendo por interés, ya que por lo común ese interés no pasa del normal que suele llevar a la mujer al matrimonio —vivir parasitando al hombre— y puede dignificarse con el amor.

¿Qué es, entonces, la mujer que fornicar con varios hombres por móvil distinto del interés? Una puta, según la sabia acepción popular no recogida por los diccionarios, pero jamás una ramera. La ramera es la mujer que fornicar por interés con más de un hombre, ya que si es con uno solo —medie o sin mediar el interés, que éste es matiz no fácilmente precisable— se le dice amante, amiga o querida; por contraposición, puta es la mujer que fornicar no por interés y siempre con hombres sucesivos (sin que sea necesario precisar el ritmo sucesorio) aunque, por generalización y pereza mental, se identifiquen con excesiva frecuencia ambos conceptos.

De lo dicho puede deducirse que el denominador común de la puta y la ramera es la fornicación con varón distinto, al paso que su característica diferencial es la ausencia o la presencia del precio, la mera y mantenida afición o la manifiesta y calculada profesionalidad. La voz puta señala un concepto más amplio e impreciso, más vagaroso, que la voz ramera, y así —y en el mismo sentido en que se dice que todos los delitos contra la ley natural son pecado, pero no todos los pecados son delito, o que todos los burgaleses son españoles, pero no todos los españoles son burgaleses— se puede aseverar que todas las rameras son putas, si bien no todas las putas son rameras. El pueblo distingue claramente lo que los diccionarios confunden y así: cuando el hombre de la calle dice «esa chica salió más puta que las gallinas», no quiere dar a entender que se dedique a la prostitución sino tan sólo que fornicar —y aun quizá ni eso, aunque lo aparente—, mientras que cuando afirma «es una puta de cuarenta duros», no hay duda que señala a la ramera o prostituta.

A nuestro entender —y tras lo que va dicho— la voz puta tiene cuatro acepciones: 1.ª, mujer que fornicar; 2.ª, ramera; 3.ª, úsase como adjetivo que denuncia esca-

sez o mala calidad (está sin una puta perra, por ejemplo, o lleva una puta vida), y 4.ª, precedida de artículo, careciendo de significación o habiéndose gastado su significación, úsase como interjección con que se denota admiración, disgusto, ira, sorpresa o lo que fuere, según la intencionalidad del hablante.

Las dos primeras acepciones —que las 3.ª y 4.ª son menos clásicas e ilustres— y su uso como dicitario, no son difíciles de rastrear en los textos más arriba copiados. En los *Fueros*, en las líneas que de ellos se transcriben, no se señala a la ramera —que cuando quieren hacerlo, así la llaman— sino a la fornicaria e incluso a la que, sin serlo, es motejada de tal. La Marta y la Justa del marqués de Santillana, no son obligadamente ramera, ya que la palabra puta, en el contexto, puede ni siquiera querer significar fornicaria sino tan sólo personas de la misma especie o calaña o caracteres, sean éstos los que fueren; si lo es, en cambio, la que empobrece en la cuaresma o la que va tras la alcahueta. La puta que, después de una juventud airada se hace devota y candelera, de que nos habla Espinosa, tampoco ha de tenerse a la fuerza por la puta del diccionario, ya que bien puede no serlo, al contrario que la que el Comendador compara con el paño pardo, que sí lo es y cumplida, como también lo son, a no dudarlo, la del burdel, la vieja y la que vacía la bolsa. Este matiz que huye de los diccionarios, tampoco está ausente en el *Quijote* y de él, como de la voz hideputa y de las locuciones hijo de puta, puta madre, puta que te (o me, o le) parió y los conceptos que designan, hablaremos a continuación y al tiempo —y que Dios nos perdone— de Cervantes.

A una lectura del *Quijote*, la voz puta nos salta ante la vista en dieciocho o veinte ocasiones, las más de las veces formando en el compuesto hideputa o amparándose en él.

Cuando el ventero, en el trance en el que Don Quijote tomó a la venta por castillo (parte I, capítulo XVI), busca a voces a Martirnes, no le llama ramera sino fornicaria —y aun ni eso— cuando le increpa: «¿Adónde estás, puta? A buen seguro que son tus cosas éstas».

En sus filosofías tras la notable aventura de los cuadrilleros (I, XLVI), Sancho Panza termina una de sus parrafadas con un refrán, «cada puta hile, y comamos», en el que sí se alude, como desde el primer registro que de este adagio se hace —Pedro Vallés, *Libro de refranes o sentencias*, Zaragoza 1549—, a la ramera; Rodríguez Marín comenta

que era dicho de rufián que, a fin de pasar el mal tiempo, exhortaba a las ramera a que trabajasen para ellas, y para él, que no pensaba hacerlo. Es el único refrán de putas del Quijote, dicho sea de pasada.

La palabra hideputa es grata, a todas luces, a Cervantes. Sancho, alabando a Aldonza Lorenzo, la Dulcinea del Toboso de su señor (I, XXV), dice de ella: «¡Oh, hideputa, qué rejo que tiene, y qué voz!», y en situación contraria, cuando Don Quijote riñe y apalea a Sancho tras haber éste osado preferir la hermosa de Dorotea a la de Dulcinea (I, XXX), el caballero le increpa diciendo: «¡Oh hideputa, bellaco,

y aun al puto. Don Quijote, en respuesta al cabrero que se permitió suponer que los caballeros andantes tenían vacíos los aposentos de la cabeza (I, LII), le dice: «... yo estoy más lleno que jamás lo estuvo la muy hideputa que os parió», y el escudero del Bosque, pasmado ante los adornos que Sancho atribuye a su hija moza (II, XIII), llega a decir: «¡Oh, hideputa puta, y qué rejo debe de tener la bellaca!». También puede suponerse que no haya tal refuerzo sino que tan sólo se empleen, las palabras puta e hideputa, como muletilla o bordón conversacional.

Con la voz hideputa no suele querer significar Cervantes que



y cómo sois desagradecido...!».

Esta forma de reforzamiento de lo que se dice adjetivando el adjetivo, por violento que el adjetivo fuere, es usual en la obra que se comenta y motejar de bellaco al hideputa es arbitrio que se repite. Sancho, en su banquete de gobernador (II, XLVII), se arranca contra el labrador gritándole: «Hideputa, bellaco, pintor del mesmo demonio, ¿y a estas horas te vienes a pedirme seiscientos ducados?», y al alabar el vino que le brinda el escudero del Caballero del Bosque (II, XIII), exclama: «¡Oh hideputa, bellaco, y cómo es católico!».

A veces la fuerza se persigue apellidando de hideputa a la puta

la madre de aquel o aquella a quien se dirige sea puta y se le moteje de tal; con frecuencia no tiene más alcance que el puramente interjección, y así en el elogio de Sancho a la desenvuelta y esquivada Altisidora (II, LVIII): «¡Hideputa, y qué corazón de mármol, qué entrañas de bronce y qué alma de argamasa!», y aun en los casos más atrás citados.

Esta apoyatura interjección que se denuncia tanto puede estar al servicio del elogio como del desprecio, y en sí no implica fácil atribución al uno o al otro. Cuando el escudero del Bosque comenta el rejo que debe de tener la hija de Sancho y la moteja de hideputa, éste le recrimina: «Ni ella

es puta, ni lo fue su madre...», a lo que su interlocutor arguye: «¡Oh, qué mal se le entiende a vuesa merced de achaque de alabanzas! ¿Cómo y no sabe que cuando algún caballero da una buena lanzada al toro en la plaza, o cuando alguna persona hace alguna cosa bien hecha, suele decir el vulgo: ¡Oh hideputa puto, y qué bien que lo ha hecho! Y aquello que parece vituperio en aquel término, es alabanza notable». Poco más adelante, en la escena del vino que, de puro bueno es llamado hideputa, bellaco y católico por Sancho, el escudero del Bosque vuelve a la carga: «¿Veis ahí como habéis alabado este vino llamándole hideputa?», a lo que Sancho, convencido ya, replica: «Digo que confieso que conozco que no es deshonra llamar hijo de puta a nadie cuando cae debajo del entendimiento de alabarle».

Tampoco debe dársele siempre más o diferente valor que el puramente interjección a la locución «la puta que me (o te, o le) parió», ya que a veces no tiene otro distinto. Es evidente que Don Quijote, en su respuesta al cabrero, si quiere ofenderle castigándole de palabra y diciéndole lo que le dice de su madre, pero no lo es menos que Sancho, en la historia de la famosa infanta Micomicona (I, XXXVIII), no intenta más cosa que enfatizar cuanto dice. La frase «¡la puta que me parió, y llévelo todo Satanás!», que pronuncia Sancho en la ocasión de que se habla, no excede la mera interjección. Rodríguez Marín, al comentarla, supone que dice de su propia madre lo que se entiende que quiso decir de la madre de otro; lo tenemos como improbable y de muy forzada explicación, y nos permitimos insistir en considerarla muletilla interjección. El pueblo, en el permanente desgaste con que arropa, e incluso desvirtúa, las palabras de uso frecuente, no suele querer que se entienda al pie de la letra cuanto dice, y Cervantes fue maestro en eficacias léxicas y sabiduría popular.

Y aquí da fin —por eso del espacio, que no por falta de metrala— a cuanto hoy había de decirse. Nuestro único deseo, ya en trance de volver la hoja, es que los dioses propicios se sirvan evitar que todas hayan sido palabras ociosas. Sancho Panza, tras las bodas del rico Camacho con la hermosa Quiteria, reconviene, con tanto respeto como el caballero se merece, a su señor Don Quijote: «Déjeme vuesa merced despabilarse esta espuma; que lo demás todas son palabras ociosas, de que nos han de pedir cuentas en la otra vida».

Palma de Mallorca, 8 de setiembre de 1970. ■ CAMILO JOSE CELA.

rehabilitación del doctor Felipe Trigo, novelista sexólogo español

por Xavier Domingo

EL uso y desuso del sexo, considerados como problema fundamental en la vida española, son constante mayor de nuestra literatura desde que ésta nació hasta nuestros días.

Las múltiples facetas que pueden caracterizar una «sexualidad española», parecida o diferente (si es parecida ya es diferente) a la que distingue a otros países, fueron destacadas por un sinfín de prosistas y poetas, desde los juglares hasta nuestros días, y a pesar de que circunstancias ajenas a la voluntad de todos esos observadores impidieron siempre una utilización totalmente clara y pública del lenguaje apropiado para decir sin embages lo que se pensaba, se logró a menudo hablar bastante claro. Ciertamente, no hay un Sade en nuestra literatura. Pero hay una María de Zayas, un Cristóbal de Castillejos, un Abate Marchena (por más que éste publicara casi toda su obra en Francia), la fabulosa tragicomedia sexual de Calixto y Melibea y sin duda uno de los más interesantes y profundos analistas de la sociedad a través del prisma sexual que haya habido en la literatura europea: me refiero al doctor Felipe Trigo.

Sobre Trigo pesa aún una maldición solapada que no es únicamente producto de censuras oficiales. Ya en vida suya se tuvo a Trigo por un pequeño novelista «picante», tipo Zamacois o López de Haro, indigno de figurar al lado de los grandes prohombres de su generación, como Valle-Inclán o Baroja.

En su «Historia de la Literatura Española», Angel Valbuena Prat consagra veintidós líneas a Trigo, «en quien —dice— los problemas



FELIPE TRIGO

eróticos se hacen simplemente sexuales y la ideología se convierte en medicina».

Según Valbuena, novelas de Trigo, como «Las ingenuas» o «Las Evas del Paraíso», «ofrecen un peligro: el de confusión de lo literario y la pornografía por mera falta de elegancia literaria». Sin embargo, el crítico admite en Trigo a un «poderoso novelista», y añade que «el auténtico caballero que era la persona de Trigo poseyó dotes de narrar, de impresionar, de ofrecer difíciles y hondos caracteres».

Esos juicios tan especiales tienen una justificación. Figuran en una «Historia de la Literatura», y es lógico que quien se consagra a una compilación tan especializada y unilateral de la expresión escrita tienda a la simplicidad, por no decir a la simpleza universitaria.

También tiene la ventaja Valbuena de poder decir exactamente lo que quiera sobre Felipe Trigo, puesto que será prácticamente imposible a sus lectores verificar si lo que opina corresponde a la realidad. Resulta prácticamente imposible encontrar libros de Trigo.

¿Quién era Felipe Trigo? M. Abril publicó en 1917 —un año después del suicidio del novelista en un chalet de la Ciudad Lineal— un ensayo titulado «Felipe Trigo, su vida, su obra, su moral». He buscado ese libro por todas partes y no pude dar con él. Tuve más suerte con las novelas del propio Trigo, y me pude hacer con cinco o seis de entre ellas, así como con un curioso e importante ensayo del doctor titulado «Socialismo individualista», cuya lectura es fundamental para situarle en el plano de la historia de las ideas, para apreciar la profundidad de su reflexión, para observar lo coherente de su obra y de sus intenciones y para declararle precursor de esa modernidad de la utopía sexual que, venida de Charles Fourier, llega hasta los neo-marxistas antiautoritarios como Erich From o Herbert Marcuse.

Para Felipe Trigo —igual que para Wilhem Reich— el problema sexual es un aspecto del problema social, político y económico que no se puede separar de un análisis global de la sociedad ni remediar sin poner remedio a los otros problemas.

La originalidad y la fuerza de Trigo —y yo diría también su superioridad sobre los otros novelistas contemporáneos suyos, incluidos los más afamados— reside en esa conciencia profunda de la estrecha ligazón de los problemas del amor con los de la sociedad, políticos, sociales, económicos.

El aspecto sexual no queda nunca en su obra apartado del análisis global de la sociedad española.

El Mundo Cómico

Se publica los jueves

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

Pian frezado

FERNANDO BAC



—Hay que le ha preparado todo y que se le aljirado de ropa, en el guiso día que le ha de dar el primo por no salir por la ciudad.

Publicaciones eróticas del primer cuarto de siglo



Viernes 13 de Febrero de 1951 Num. 2

FANDANGO

BAILE SEMANAL DEDICADO AL BELLO SEXO MASCULINO 10 Céntimos



la a través de agudas observaciones, mordaces, críticas y duras, de las costumbres y ritos de la clase social en la que sitúa a sus personajes. La crítica de Trigo va a menudo muy lejos, y no cabe duda de que la razón principal de la oscuridad en la que se tiene a este «perfecto caballero» reside en ese aspecto de su obra.

Trigo no era un esteta, y es absurdo enfocar su obra desde un punto de vista estético, literario. La novela —una novela «popular»— es para Trigo un instrumento de divulgación de ideas críticas o reformadoras cuando España conoce uno de sus grandes momentos de efervescencia intelectual. En ese instante, Trigo está muy adelantado ya para su tiempo, y quizá siga aún estándolo, por lo menos en España, aunque yo estoy seguro de que su obra es hoy perfectamente publicable en el país en donde se ha publicado a Reich.

En el prefacio a su novela «Las ingenuas», Trigo especificó las intenciones de su obra, y luego, en su ensayo de utopía socialista, reiteró que lo que había escrito en

ese prefacio podía ser considerado como válido para todas sus novelas.

Dijo: «... disto mucho de pensar que el cosmopolitismo de nuestras costumbres sea tal que las iguale con las de no importa qué otra sociedad europea: los vientos de libertad han encontrado en la Península grandes resistencias de educación, y precisamente por eso, de la extraña mezcla y de la extraña lucha de los instintos que despiertan, con las formidables tradiciones que los aplastaban, creo yo que le resulta al alma nacional un matiz originalísimo, digno de la tranquila atención de los observadores, y de la cual una fase interesante he procurado fijar en esa novela, que es profunda y típicamente española por consecuencia».

Felipe Trigo escribió esas líneas en 1901. Yo las copio de la octava edición de «Las ingenuas», publicada en 1917, después del suicidio de su autor. Pero parecen actuales. Podrían haber sido escritas en 1970.

Hablando aún de su novela, Trigo añadió: «Aparte su empeño de

análisis, hácela palpar el amor como ideal supremo, el amor todo, el amor integrado por la fusión de los dos grandes sentimientos, pagano y cristiano, que se han repartido el imperio de los siglos, pretendiendo también partir al hombre, o absorberle, mejor dicho, unas veces le intelectualidad, otras la animalidad... Con lo cual ya mi pensamiento principal, basado en una afirmación robusta y positiva, eminentemente sociable, germen único de toda felicidad, queda enfrente del arte supraexquisito y vano de las escuelas decadentistas, que con una desorientación mental estúpida vuelven a Egipto y a Grecia los ojos, por atavismo incomprensible».

Crítica luego Trigo el punto de vista de Zola y lo opone al suyo, «puesto a defender hondas tesis sociológicas», y termina definiendo su idea del amor con esa espléndida frase digna del André Breton de «Arcane 17»:

«El cielo bajando a la tierra con su azul. Venus ennoblecida por el místico resplandor de la Concepción Inmaculada».

Y es que, en realidad, el avance de Trigo sobre su tiempo —y aun sobre el nuestro— no consiste en que haya tratado con mayor o menor osadía temas escabrosos ni en que haya descrito escenas calificadas por algún timorato de pornográficas. El progresismo de Felipe Trigo reside esencialmente en su lucha constante por el reconocimiento de la grandeza de la mujer en el terreno social, que para Trigo es ya el terreno del amor. Ningún escritor ha defendido como Felipe Trigo los derechos inalienables de la mujer en el amor y en la sociedad. Y específicamente en la sociedad española, de la cual la mujer es el auténtico negro, el verdadero segregado, el «objeto» por excelencia, el insatisfecho perpetuo, social y sexualmente. Todo va junto. Precisamente su formación de médico y su preparación científica —Trigo conocía ya y citaba a los Kraft-Eving y a los Havelock Ellis— sirvió perfectamente, más que dañó, a lo que él quería de su labor de novelista.

Su genialidad —no dudo ni un momento en emplear esa palabra—

reside en haber comprendido en 1900, y en Madrid, el engranaje feroz de la condición política y social que hace de la mujer un ser inferior, prácticamente un mero instrumento autosatisfactorio para el macho español, y en haber señalado que nada en serio podrían hacer los políticos, fuera cual fuera su signo, si no basaban su acción en la liberación intelectual, social, política y sexual de la mujer española. Y en haber insistido —es preciso también hoy insistir en ello— en que una liberación sexual que no estuviera acompañada y unida a las otras —política, intelectual, social y económica— no sería tal, sino una forma nueva de alienación, un nuevo estilo de opresión puesto a la moda del día.

El doctor Felipe Trigo es nuestro gran escritor «maldito», y el hecho de que fuera el objeto del desprecio no ya tan sólo de la crítica —lo cual es natural y carece de importancia—, sino, sobre todo, de individuos como el pobre Unamuno y otros próceres del 98, indica bien a las claras de qué clase de resabios y beaterías estaban llenos nuestros «clásicos republicanos».

Precisamente porque creo que ha llegado el momento de hablar del sexo en serio, dejando de lado de una vez por todas el chascarrillo verde, siempre estúpidamente reaccionario y antifeminista, el «mot d'esprit» autosatisfactorio y reprimido o el terrorismo machista del que están impregnados cuentos como «Nada menos que todo un hombre», de Unamuno, opino que ha llegado el momento oportuno para redescubrir a Felipe Trigo, que enfocó el problema del sexo desde un ángulo exclusivamente español.

Hemos indicado ya un paralelo de ideas entre Trigo y Reich. Las fuentes de ambos son las mismas e igual es su inspiración y su intención. Los dos enfocan el problema del sexo desde un punto de vista sociológico y ambos se definen como socialistas antiautoritarios. Ello quiere decir que piensan que las condiciones de vida sociales son perfectibles y que la miseria económica, intelectual y sexual tienen remedio. En una palabra, están en una corriente de ideas procedentes del utopismo de los siglos XVIII y XIX, y, del mismo modo que Charles Fourier, son ambos muy optimistas.

En su libro ya citado —en su ideario «Socialismo individualista»— Felipe Trigo afirma que el socialismo, tal y como él lo desea, aún no es posible inmediatamente, pero estima que todas las transfor-



maciones requeridas para que lo sea son susceptibles de ser realizadas desde ya. E incluye entre esas transformaciones la de los deseos.

El mundo español que describe en sus novelas es un mundo de grave miseria sexual. Un mundo inmaduro sexualmente, incapaz de quebrar las barreras que le harían superar la etapa infantil, sádico-anal, de «mozo norteño comilón».

Trigo estima, como Reich, que la sociedad tal y como está estructurada fabrica neurosis en serie, y que más valdría prevenirlas aportando a la máquina social las reformas necesarias (Trigo no es un revolucionario, pero puede ser calificado de reformista avanzado), que tratar de curar a tal o cual individuo, curación por otra parte imposible, dada la imbricación completa entre la enfermedad y la sociedad.

Es sabido que lo esencial de la querrela entre Wilhem Reich y Sigmund Freud residió en la oposición irreconciliable entre el pesimismo del segundo y el optimismo social del primero.

En ese negro opúsculo escrito por Freud al finalizar la guerra del 14, titulado «Malestar en la civilización», queda fundada la desesperanza completa del que cree que, finalmente, Tanatos es más fuerte que Eros.

Hoy existe una tendencia en ciertos medios a desechar a Freud, tachándolo de «burgués liberal sin conocimientos sociológicos», y a ensalzar a Reich, sociosexólogo revolucionario.

La lectura de Trigo, tanto de sus novelas como de sus ensayos

o conferencias, nos lleva a esa misma discusión, fecunda y seria, pero particularmente centrada en el campo ignoto de la sexualidad en España.

En un vasto diálogo sobre ese tema, Felipe Trigo tiene un lugar selecto, y uno, que tendería más bien a pensar como Freud que como Reich, estima que la rehabilitación del doctor Trigo se impone cuando se trata de descubrir qué hay de nuevo en la sexualidad española o qué hay de diferente y específico.

Porque en realidad el verdadero problema está ahí; en el descubrir en qué, en dónde, en cómo y por qué hay una sexualidad definible como española y cuál haya sido su modificación en el transcurso de los tiempos, y en saber cuáles fueran las razones de esos cambios específicos.

Las novelas de Felipe Trigo ofrecen una observación de primer plano sobre la vida sexual española en el primer decenio del siglo, un momento en el que, por diversas razones y en muchos aspectos, todavía podríamos seguir estando, Subterráneamente.

Ciertamente, descubrir en qué consisten las diferencias que hacen una sexualidad española no decidirá de la polémica que opone a los que piensan, con Trigo y con Reich, que eso se puede mejorar y a los que estiman, con Freud, que más vale abandonar toda esperanza; pero a unos y a otros dará razones para fundamentar lo que en todo caso no son hoy más que sentimientos o intuiciones.

Y quizá, sobre una base científica de observaciones concretas, pueda llegar a verse que ambas posiciones, la sociosexológica y la analítica, son en algún punto reconciliables.

En dos ocasiones, en dos libros en los que me enfrenté de un modo preciso con el problema éste de una sexualidad española, llegué a la conclusión de que un pueblo puede ser psicoanalizado como un individuo si todo el material pictórico, arquitectónico, urbanístico, literario acumulado por ese pueblo en el transcurso de su historia recibe el valor que tienen los sueños en la cura psicoanalítica. Pero entonces se trata ya de una especie de psicoanálisis social que sólo podría ser realizado con cierta eficacia y a base de mucho tiempo a condición de que se pusieran a trabajar en lo mismo, de forma coordinada, muchas personas sin prejuicios.

No sería posible hacerlo sin contar con Felipe Trigo. ■ X. D.

como se fabrica una española

por Eduardo Haro Tecglen

*"Yo me entregué a mi marido
por él (el hijo), y me sigo entregando por ver si llega,
pero nunca por divertirme".*

(F. García Lorca, «Yerma», acto I, cuadro II)

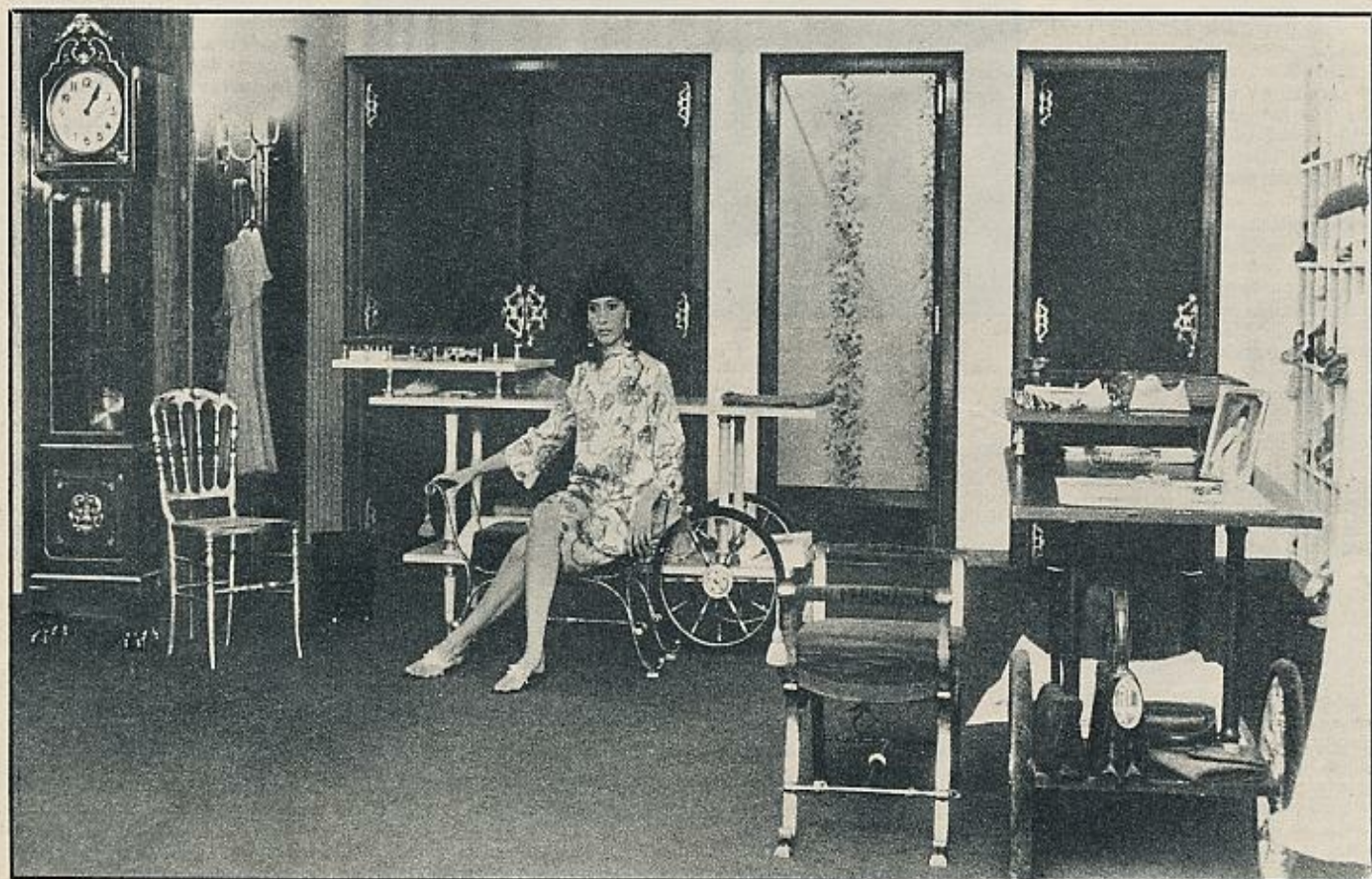
POR aquí han pasado al menos tres de las civilizaciones más antifeministas de la historia del mundo: la romana, la Iglesia primitiva, la islámica. Unas y otras acarrearán un terrible material: la ley mosaica, la mezcla de miedo, desprecio, admiración y respeto de los hebreos por la mujer. Por aquí han pasado, en este «melting pot» se han mezclado, y de alguna mane-

ra prevalecen aquí sus ideas. Estas civilizaciones que se han combatido entre sí a sangre y fuego han sostenido una curiosa unanimidad en el tema. «No hay calamidad mayor para el hombre que la mujer», decía Mahoma. «Vosotros sois la puerta del diablo. Destruir la imagen de Dios: el Hombre», las decía Tertuliano. No fue el más rudo de los Padres de la Iglesia. «La mujer es una

mala borrica —decía San Juan Damasceno—; hija de la mentira, centinela avanzado del infierno...». ¿Sólo centinela avanzado? No, diablo mismo. Lo explicó San Antonio: «Cuando tengáis delante una mujer, creed que tenéis ante vosotros no un ser humano, no una bestia feroz, sino el diablo en persona. Su voz es el silbido de la serpiente». San Cipriano también oyó el silbido fatal, pero

para él era el del basilisco. San Gregorio el Grande lo reducía todo a términos más normales: «La mujer no tiene el sentido del bien». San Agustín se refería a la doctrina paulina: «No puede enseñar, ni testimoniar, ni comprometer, ni juzgar; con mayor motivo, no puede mandar». Así era esa «soberana peste de mujer» (San Juan Crisóstomo); en conjunto, «una especie peligrosa» (San Jerónimo). Ninguna de estas frases tenía nada que ver, realmente, con la doctrina original cristiana, ni aun con el cristianismo que al reinar en Roma había abolido la condición esclava de la mujer y la había elevado a la proximidad del hombre. Pero aquí llegaron sobre el vehículo de la religión, que fue al mismo tiempo devoción y ley. Y aquí se mezclaron con la presencia y la pervivencia del islamismo.

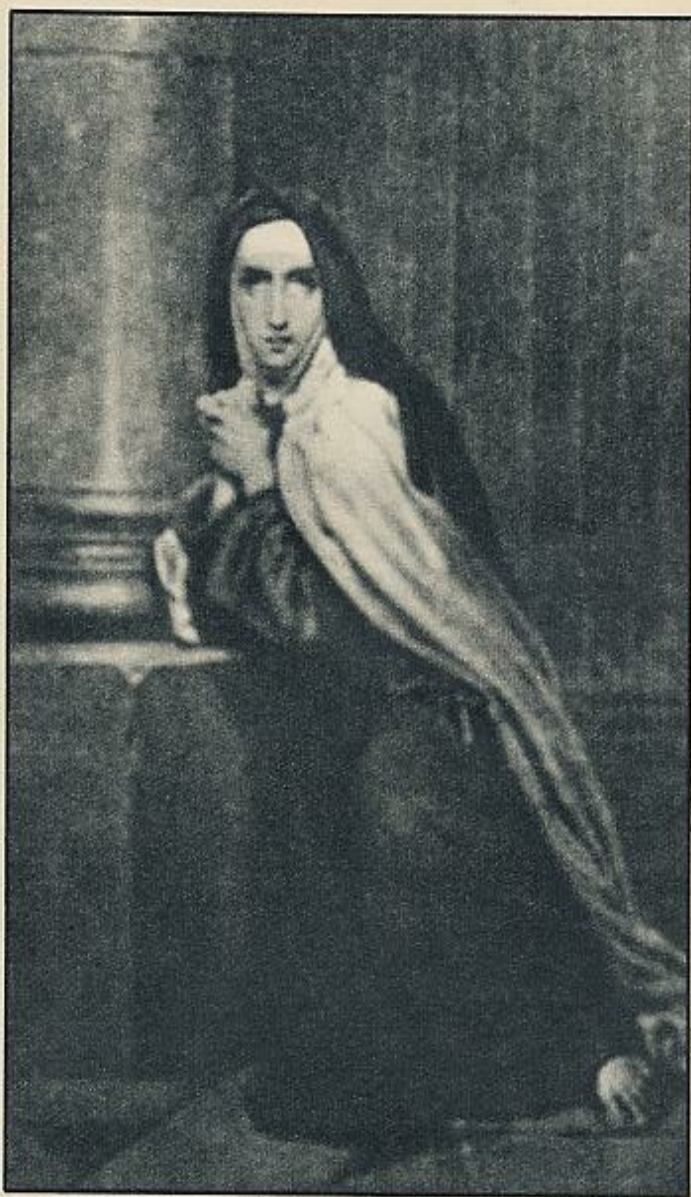
El islamismo, que había heredado el mismo terror supersticioso a la mujer, había reaccionado con energía, con combatividad frente a ese enemigo nocturno: había domesticado al mismísimo diablo representado por la mujer y lo había convertido en objeto. Simple objeto doméstico de compra-venta, de enorme utilidad y escaso desperdicio, capaz de



acarrear cargas y trabajar en el campo, de mantener una casa, de producir vida y descendencia y de ser fuente de placer. Si una mujer no basta, se toman dos, tres; hasta cuatro permite la ley coránica. Pero permite un número ilimitado de concubinas. Para conseguir cerrar bien la puerta de Satanás y convertir a la mujer en objeto auténtico, el mundo islámico inventó la cliterotomía o ablación del clitoris. Aún se practica. En las zonas rurales, esta operación —que se practica en las vísperas de la pubertad— es especialmente dolorosa: se aplasta con piedras. Se supone —erróneamente— que de esta forma la mujer carecerá de estímulo para el acto sexual, no encontrará placer. Será, por lo tanto, el objeto del hombre, sin iniciativa propia.

Las dos ideas se funden en el crisol ibérico. Si las dos coinciden en la distinción de la mujer como «especie peligrosa», difieren, en cambio, en el concepto de la función sexual y, por consiguiente, en el que ha de darse a la mujer. En el cristianismo aparece como algo que debe reprimirse, o limitarse a un ejercicio calculado y resignado («Más vale casarse que abrasarse»), mientras que en el islamismo el sexo es absolutamente libre en el hombre y sólo reprimible en la mujer. En el mundo cristiano, la mujer no está degradada lentamente, y aparece con una dualidad: si es el agente provocador del demonio, por la línea de Eva, puede serlo de salvación por la excelcitud de la Virgen María. El habitante de esta península aplica esta dualidad a la práctica diaria con sus compañeras, y añade a ella una enorme dosis de islamismo (de tendencia a objetivar), más una supervivencia de la mujer esclava romana, sostenida a través de las leyes (que ahora comienzan a modificarse). La confusión es enorme.

Aparece entonces el «misterio». La mujer como ser misterioso, como arcano, como algo que no se entiende. ¿Cómo se la ha de entender, si se parte para considerarla de una confusión mental, y si ella misma ha sido educada como una contradicción viviente? La mujer misterio, la dama duende, permanente en nuestra literatura. En la Edad Media cuaja en dos personajes opuestos: la Bruja y la Virgen. En la Bruja está, naturalmente, el amor carnal, ejercido por sí misma o por ella procurado (Celestina, criatura del diablo); en la Virgen aparece el amor ideal y se encarna en el personaje de la castellana amada por el caballero andante, en la santa, en la doncella que representa la inocencia salvadora. En esto aparece una nueva utilidad



de la mujer que no tiene desperdicio: es un inmejorable agente de salvación. En el Eclesiastés está dicho que «la esposa fiel santifica al marido infiel», y así se lo citaba Abelardo a Eloísa. Doña Inés salva a don Juan con una vida de castidad y una larga espera «post mortem». Hace algunos años, la esposa de un gran poeta que algo había bebido en su vida y alguna noche había prolongado en lecho ajeno, ingresó en un convento al quedarse viuda para comprar, con una vida de penitencia y oración, la salvación del alma del marido que la fue infiel.

El funcionamiento de la mujer como objeto, en España, es muy distinto del mundo islámico. Más sutil. La operación quirúrgica quedó sustituida por el lavado de cerebro. La mujer «no se divierte», y eso es todo. «Yo, que siempre he tenido asco a las mujeres calientes...», dice «Yerma». En los libros de medicina y de sexología españoles se dedica considerable espacio a la frigidez en la mujer, que ahora y en ciertos medios intelectuales comienza a considerarse como un mal, pero que se ha creado minuciosamente. La idea del «honor» ha funcionado siempre como anafrodisíaco, y la seguridad de que para lavar el honor era preciso el derramamiento de sangre ha obrado en la española un efecto enormemente más seguro que la cliterotomía. La doncella «perdida» o la dama adúltera podían recibir el acero de la espada o la perpetuidad en el convento; aún hoy están sometidas a los peores males. Pero lo más curioso es su aceptación general de la situación. La más prodigiosa creación de esta que se sigue llamando «tierra de hombres» es ese lavado de cerebro por el cual una mujer puede decir a quien la mata: «Así, muriendo a tus manos — quiero el honor conservarte; — mejor viva que guardar — junto a mí a marido infame». Este retorcimiento ideológico versificado y escenificado por Vélez de Guevara es una prodigiosa creación. Al desviar su conducta, la mujer hace «infame» a su marido; ella misma no toleraría vivir con el marido infame; pero, para que no lo sea, ha de matarla. Y en el dilema, ella prefiere y hasta incita esta solución... En muchas parejas de hoy, sin sangre y sin espada, aparece la misma aberración ideológica.

De esta forma, la mujer considera una virtud amar sin placer, porque equipara placer a pecado —conciben «casi sin pecado», decía Marañón—; si su conducta se aparta de la rigidez marcada, pide a gritos que la maten, y cuando el pecador es su marido —incitado por «las otras», ciertamente, y porque, al

fin, es «un hombre»—, aparte de considerar con cierto orgullo esa virilidad conyugal, dedica su vida entera al sacrificio y a la oración para redimirle. Es indudable que la civilización islámica no ha conseguido semejante producto. Su objeto es funcional, pero no tanto.

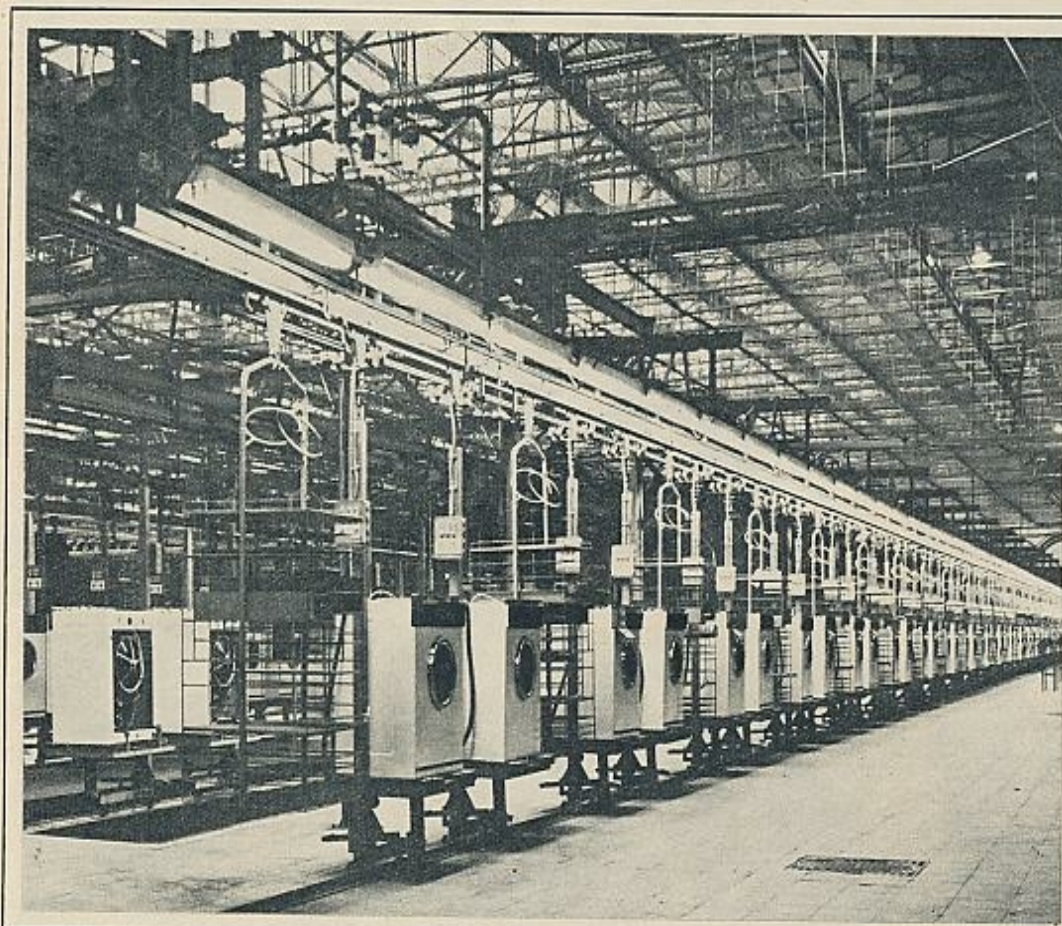
Naturalmente, en la práctica, esta imagen literaria y clásica de la mujer española está muy rectificada, pero esas bases tradicionales están bien conservadas y la convierten en un ser singular dentro del mundo, y sitúa las relaciones hombre-mujer (morales y sexuales) de una manera absolutamente genuina. Las costumbres y regulaciones sexuales en el mundo son generalmente disparatadas; de todas ellas, las más raras son las de Occidente y, dentro de Occidente, ningún disparate tan espectacular como el español. La idea de que los hombres se eduquen desde niños con una noción de la virilidad que debe sostenerse con proezas estadísticas asimiladas al infinito, mientras a su compañera se la inculca la idea de la virginidad como perfección y la del cero como ideal, inicia el disparate. La base social que ha de tejerse a base de un ser cuya aspiración es el absoluto unido con otro cuya aspiración es la nada es aberrante. De ahí parten la incomodidad y el malestar social sexual del español.

Sin embargo, en esta pluralidad de acepciones de la mujer española objetivada, el elemento activo que los buenos Padres de la Iglesia consideraban como demoníaco se ha conservado pacientemente. Es su aspecto simultáneo oferta-negación. De nuestra rara vida es probablemente lo que más llama a los extranjeros la atención. No se trata de la exhibición corporal que, más o menos, aparece en todos los países occidentales, sino en lo que Werrie considera como «intencional» en esa exhibición. La forma de andar de las mujeres españolas, por ejemplo, es absolutamente singular. En «La lozana andaluza» se describe con una palabra admirable: «culeando». Aquello que fue así nombrado en el siglo XVI volvió a encontrarlo Havelock Ellis cuando vino a España a finales del XIX: «El andar de la mujer española, aunque no falto del orgullo de la dignidad humana, tiene algo de la graciosa cualidad del animal felino... La mujer española, como las diosas de Virgilio, es conocida por sus andares...». Ciertos antropólogos han atribuido este movimiento a una forma peculiar de la columna vertebral, que parece una característica de la mujer ibérica: como si su curvatura natural hubiese sido au-



(Sigue en la pág. 38)

CON DIMENSIONES Y CATEGORIAS



EL COMPLEJO INDUSTRIAL FAGOR EXPORTA A CUATRO CONTINENTES

Aspecto que ofrecen los árboles electrónicos de lavadoras en el interior de la planta.

LOS MINISTROS DE INDUSTRIA Y TRABAJO INAUGURARON UNA DE LAS MAS MODERNAS FACTORIAS DE LAVADORAS DE EUROPA

Hoy es una asombrosa realidad; aún no hace mucho se hablaba de estar asistiendo a un nuevo milagro económico, a nivel de empresa. Pero el hecho es que está ahí, a la vista de todos cuantos quieran interesarse por ella. ULGOR, S. C. I., razón social de la empresa cuyos fabricados se conocen por la marca FAGOR y ASPES, es un gran complejo industrial en el que el poderío de medios materiales y humanos continúa su escalada de desarrollo vertiginoso, ayudado e impulsado —que todo hay que decirlo— por una investigación técnica de primera fila.

Si usted visita sus plantas industriales de San Andrés, en el bello paisaje guipuzcoano de Mondragón, o de Garagarza, se verá prendido en la admiración al contemplar el colosalismo reluciente de sus instalaciones. Las perspectivas de los árboles electrónicos de almacenamiento de materiales, las cadenas de montaje, máquinas de todos los tamaños, túneles de control de calidad; los mil y mil aspectos de FAGOR, en suma, proclaman que se halla usted ante algo grande, muy grande.

Y, en efecto, FAGOR suena alto en toda España, en Europa entera e incluso en otros continentes. La variada gama de productos que fabrica, desde cocinas hasta lavavajillas, desde frigoríficos y lavadoras hasta calen-

tadores de agua y sistemas de calefacción, han obtenido un éxito sin precedentes. Así, empujada desde el comienzo por una fuerte demanda, FAGOR fue creciendo en estroños impresionantes, movidos únicamente por el brio de sus hombres y la fe en el ideal que profesaban: felicidad en el hogar, o, lo que es lo mismo, en todos los hogares.

VOCACION EXPORTADORA

Este afán comercial de total servicio ha sido el resorte que ha llevado a FAGOR a conquistar el mercado nacional, primero, para lanzarse luego a la batalla por el vasto mercado internacional. Tanto más cuanto que el cuadro entero de su personal está galvanizado por este propósito en un monolitismo sin fisuras. De sus resultados, FAGOR se expandió por Europa Occidental; cruzando fronteras, sus productos empezaron a venderse en el Este europeo, llegaron al Norte de África, Oriente Medio, y tocan ya las naciones del Oriente asiático. Al mismo tiempo, los aparatos FAGOR se instalaban en los hogares de los países de la Commonwealth y llegaban a las lejanas tierras de América del Sur. Todo ello en un tiempo record, ya que FAGOR surgía como empresa

el año 1956, y su único apoyo era el de un grupo de hombres decididos a darlo todo por el bienestar de los hogares.

PUNTO FUERTE: LA INVESTIGACION

Esta carrera meteórica tenía que basarse también en una clave técnica que hiciera posible la calidad internacional.

De otro modo, el educadísimo público de los países económicamente avanzados no hubiera dado a FAGOR la acogida que le ha dispensado. El ritmo trepidante del mundo de nuestros días, donde los perfeccionamientos y superaciones de todo orden se suceden de forma vertiginosa, exige un estudio constante de las necesidades futuras que pudieran presentar los consumidores y, consecuentemente, el apareamiento de los medios precisos para darle satisfacción. Por eso, el nervio de toda la actividad de FAGOR, y que ha supuesto primerísimo tema de sus desvelos, es la investigación y Creación, compuesto por técnicos especializados y dotado de los medios más modernos. Departamento de Diseño, de Pruebas, Sección de Proyectos, División de Comprobación y Resistencia de



Los ministros de Industria y Trabajo contemplan con vivo interés una de las maravillosas cocinas FAGOR.

EUROPEA MUNDIAL



Los ministros de Industria y Trabajo, en su recorrido por las instalaciones de la nueva planta.



Saludo entrañable entre los ministros de Industria y Trabajo a su llegada a la nueva planta, División número 2, de FAGOR.

Materiales y numerosos equipos de estudio marcan las pautas de la labor que desarrolla FAGOR con sus miles de hombres en acción, sus cerebros electrónicos, poderosas flotas de vehículos y red comercial extendida por el mundo entero.

EL FUTURO HA COMENZADO

Para FAGOR, en efecto, el futuro ha comenzado. Su fortaleza le permite mirar el momento de la asociación de España con el Mercado Común no ya con tranquila con-

fianza, sino con impaciencia, ante la perspectiva de condiciones óptimas en un área de cientos de millones de clientes que poseen una gran capacidad adquisitiva y la calidad de un nivel empresarial adecuado y en forma.

Si el problema con que España se enfrenta radica en la necesidad de diversificar la exportación, superando el esquema que sólo atribuya posibilidades a los productos tradicionales, FAGOR constituye hoy un sólido puntal en la lucha. De esta forma, la divisa de explotar más y mayor número de mer-

cancías encuentra en FAGOR aplicación íntegra, con sus series de productos industriales en línea ascendente de aceptación en el extranjero.

La nueva planta de lavadoras inaugurada en Garagarza, con la visita de los ministros de Industria y Trabajo, significa una nueva inyección en el poderío expansivo de FAGOR al permitir sus formidables instalaciones un nuevo empujón en la pugna por abastecer una demanda internacional que sigue sin dejar de dispararse.

CARACTERÍSTICAS DE LA NUEVA PLANTA

En FAGOR, la lavadora es hoy uno de sus fabricadas líder. Cinco modelos de lavadoras superautomáticas biológicas completan la más moderna y variada gama que actualmente existe en el mercado europeo. A ellas se han incorporado destacadas ventajas con patente mundial, como el filtro de doble seguridad, en favor de un buen uso, una alargada duración, un sencillo y cómodo manejo. Otras ventajas son: su encimera, totalmente lisa y aprovechable como mesa de trabajo; un centrifugado perfecto; secado total y listo para la plancha; diferentes formas de instalación; acopladas en la cocina formando una superficie lisa, empotradas, adaptadas, etcétera; carga frontal o superior; dimensiones normalizadas y línea estrecha; mandos ocultos y gran belleza.

La actual gama abarca una amplia escala de posibilidades que permiten adecuarse a cualquier necesidad familiar.

Los modelos son los siguientes: F-8, con ocho programas de lavado convertibles en dieciséis; F-16, también con ocho programas de lavado convertibles en dieciséis y centrifugado total; F-16, con dieciséis programas convertibles en treinta y dos; F-16, secado, con dieciocho programas convertibles en treinta y cuatro, y F-20, línea estrecha, con ocho programas convertibles en dieciséis.

Como lo hizo con frigoríficos, cocinas, etcétera, FAGOR, en este caso, no sólo ha puesto en sus aparatos los más avanzados adelantos, sino que los fabrica en la más vanguardista técnica; testimonio de ello es la inaugurada planta número 2, preparada «ad hoc» para la fabricación de lavadoras y con las siguientes características:

Cincuenta mil metros cuadrados de superficie cubierta.

Diez kilómetros de cadenas automáticas de transporte.

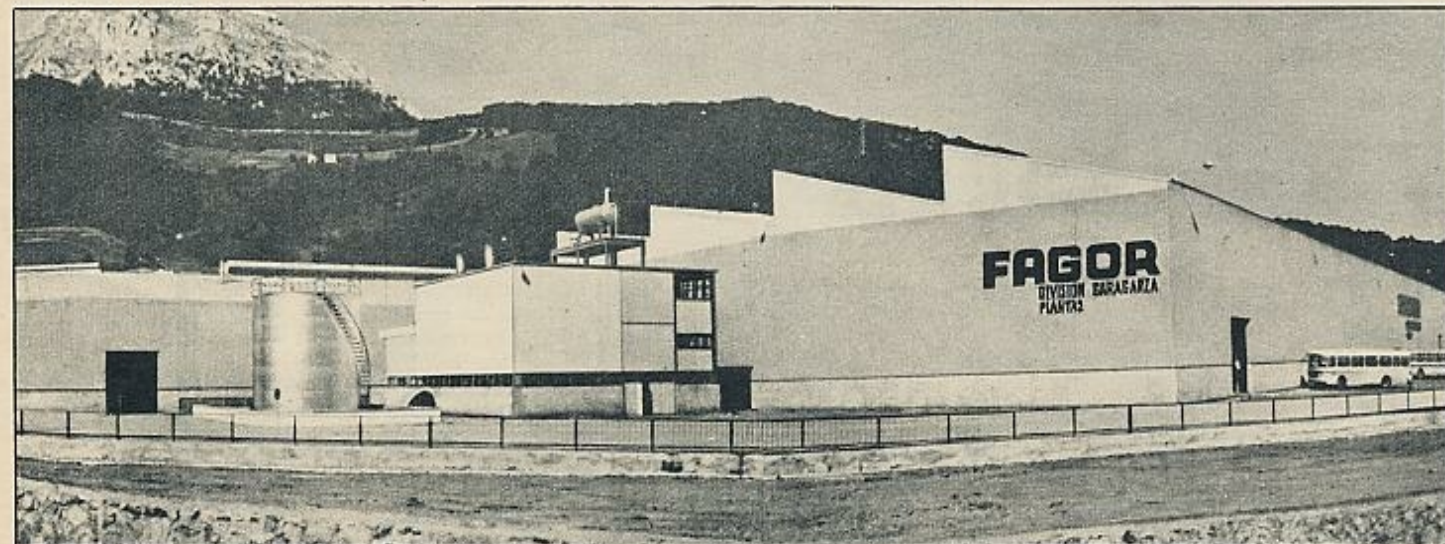
Capacidad de producción: 400.000 unidades anuales.

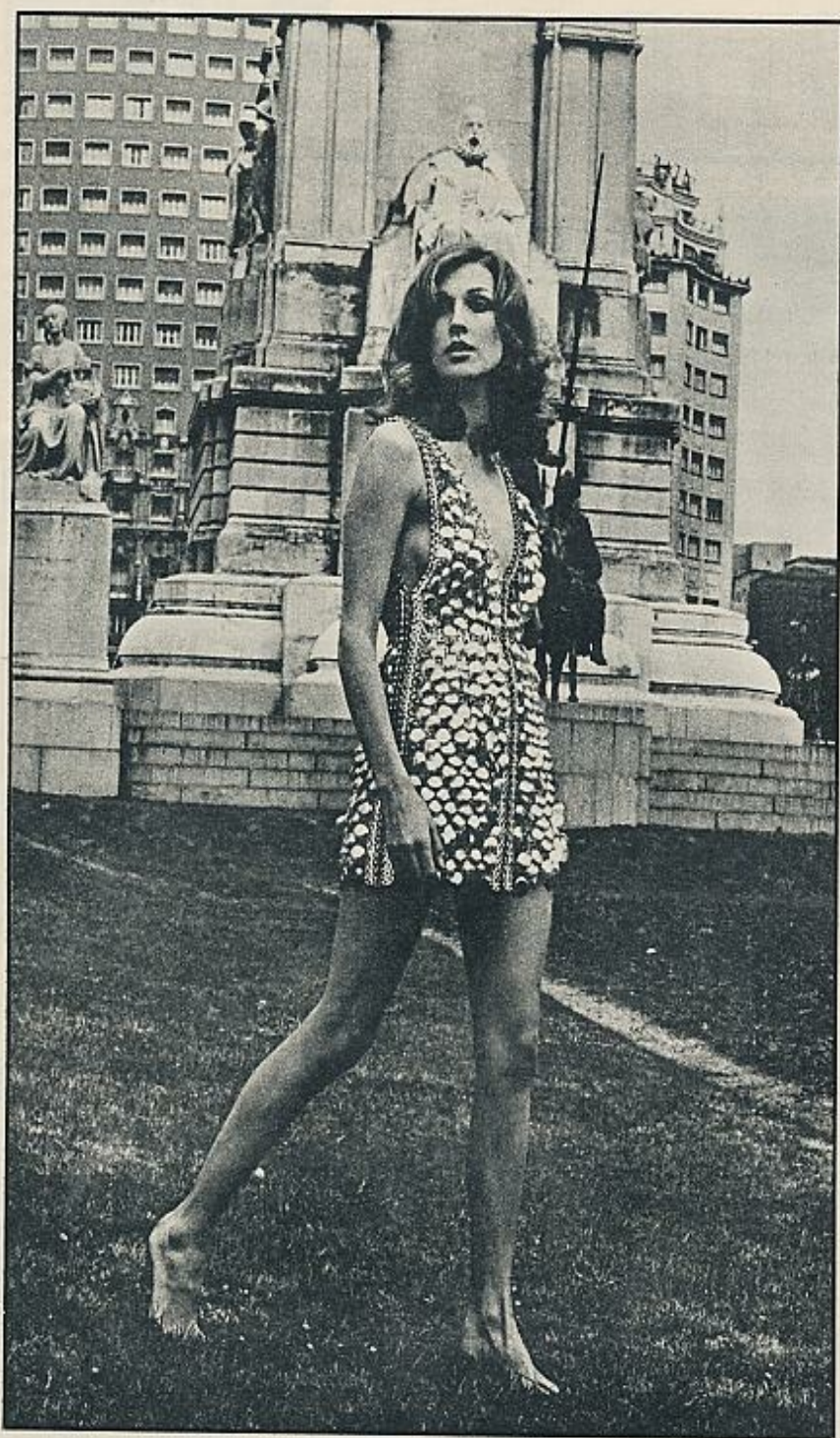
Que junto con las ya existentes plantas números 1 y 3 nos dan las siguientes dimensiones:

Superficie total cubierta: 120.000 metros cuadrados; superficie total en terrenos: 300.000 metros cuadrados; personal: 2.500.

Esta técnica, esta dimensión, en resumen, esta potencia industrial dan a FAGOR una situación de privilegio en el mercado nacional e internacional, llegando a ellos con unos precios, condiciones y calidades de señalada ventaja para el ama de casa.

50.000 m² EN UNA NUEVA PLANTA





(Viene de la pág. 35)

mentada mediante presión en los dos extremos. Quienes lo han estudiado (Duchenne, Lagneau) dudan de si es una característica racial ibérica o de si ha sido adquirida por el transporte de peso en la cabeza. Podría ocurrir que en lugar de ser la causa de una manera peculiar de andar, pudiera ser, por el contrario, que el andar «culeando» hubiese final-

mente curvado la espina dorsal hasta darle esa forma que Spalikowski llama «ensellure»: es decir, la forma de la espalda del caballo, apta para ser montada, para ser ensillada. Paul Werrie, antes citado, autor del más sagaz libro de mirada extranjera al mundo amoroso español («El amor a la española», Sagitario, Barcelona, 1964), lo describía con

más énfasis: «De pronto tiene usted ante los ojos el milagro: una falda de borde ancho, una campana oscilante bien sujeta a la cadera, y el doble badajo de unas piernas desnudas y bonitas. Un suéter rojo, puesto con negligencia, y pelo negro. Está usted viéndola por detrás. La aparición ha sido repentina. No sabe usted cómo se ha encontrado así junto a ella. Procure seguir detrás. El espectáculo vale la pena, es impresionante. Las carnes jóvenes ondulan con suavidad. A cada paso, las nalgas, para llamarlas por su nombre, se remueven. Los dos hemisferios gemelos suben y bajan alternativamente y, para bajar, han tenido antes que contraerse y empinarse. Extiéndese el movimiento rítmico hasta los hombros, por la espalda, que está imperceptiblemente echada hacia atrás. Se diría que cada segmento del cuerpo, cada miembro y cada parte de miembro se coordina con los demás como en un caleidoscopio, cuyas piezas, cuando una cambia de sitio, se disponen en un equilibrio parecido, pero distinto. Todo interviene en ese movimiento que altera las líneas...». La descripción de la aparición asombrosa dura varias páginas.

No cabe duda que, en tanto todo ello se considere como tentación, aparezca como una «opus demonii». Cuando aparece como, al mismo tiempo, una negación de lo que ofrece, podrá estar más próxima a la santidad, pero resume y simboliza el drama sexual español.

Este es el objeto que se ha fabricado. ¿Lo ha fabricado enteramente el hombre? ¿Puede atribuirse al hombre solo la entera creación del desastre, como hace Juana Inés de la Cruz («hacedlas cual las queréis, queredlas cual las hacéis») con una falsa rebeldía? ¿O hay una enorme parte activa en la propia mujer, en la aceptación de su propio papel? Quizá estas preguntas carezcan de sentido y se refieran a un cierto pasado. Quizá esté ya todo en revisión y en modificación. No parece claro. Las mujeres van continuamente perdiendo las fechas, las revoluciones. Se perdieron la cristianización y el renacimiento; se habían perdido ya la reconquista, se perderían después las revoluciones liberales. No es extraño. Sucede lo mismo en todo el mundo. La revolución árabe pudo dar heroínas —Djamila Bupachá— pero no ha dado ministros.

feminidad o el sexo como condición específica

Por María Aurelia Capmany

MUY a menudo me han llamado para tomar parte en coloquios, mesas redondas, debates sobre la cuestión femenina, y ha dejado ya de sorprenderme la aparición de un ginecólogo, un psiquiatra o un sacerdote como expertos en cuestiones de feminidad. No hay duda que esta apelación casi automática a la medicina y a la religión, cuando se trata de hablar de la mujer, significa que aparecerá como tema constante la moral sexual y que, sin duda alguna, nos encontraremos ante el frágil equilibrio entre comportamiento decente (aquel que conviene a la sociedad) y comportamiento sano (aquel que conviene al individuo).

Cuando nos ponemos a hablar de la mujer se establece una inmediata relación con su sexualidad. Y no me refiero a la cualificación genérica que aparece tanto en el carnet de identidad del varón como de la hembra, me refiero al hecho que toda consideración vendrá directamente derivada de su diferenciación sexual. Sólo la mujer escribe en su carnet de identidad: **Sus labores**, que no significa otra cosa que **labores propias de su sexo**. Y, en España, a toda mujer que no demuestre lo contrario se la supone de profesión sus labores. En cierta ocasión en que yo declaraba «las generales de ley», antes que tuviera tiempo de especificar mi profesión, a un ritmo veloz, la máquina había escrito la consabida expresión sintetizada. Lo encontré sintomático y divertido y pedí, encarecidamente, que se me permitiera añadir que las labores propias de mi sexo eran la enseñanza de la Filosofía, la confección de novelas y de algunas piezas teatrales. Me hubiera gustado sentir este precedente, pero no lo logré, y se especificó simplemente: profesora.

La expresión **sus labores**, deriva-

das necesariamente de su sexo, indica el comportamiento social de la mujer española y la cualifica como perteneciente a una clase —la clase media y alta—, sin detallar cómo ejerce su sexo, que varía según el poder económico del padre o del marido, e incluye manifestaciones tan variadas como fregar los platos, amamantar un niño, lucir un collar, batallar con el servicio, satisfacer al marido, ir a la compra o veranear tres meses al año, etcétera, etcétera.

La sexualidad, es decir, la inmanencia en el sexo, es, pues, la condición femenina, y ella escapa a su propia condición cuando asume cualquiera de las profesiones ya inventariadas por el sexo masculino, incluso en el caso en que estas profesiones hayan sido abandonadas por el hombre a causa de su baja rentabilidad.

La identificación **mujer-sexualidad** deriva naturalmente de una cosmovisión falocéntrica y no es privativa de las tierras hispanas, pero en España el varón manifiesta su esencial punto de vista en forma de piropo callejero y en forma de galantería más o menos agresiva en las clases elevadas. El piropo callejero le recuerda a la mujer su condición de hembra y, en una gama de adjetivos y frases, que oscilan desde simples demostraciones de ingenio a las más soeces proposiciones, el hombre de la calle da rienda suelta a su básica agresividad.

A medida que se eleva en la escala social y se hace portador de cultura, el varón español matiza el piropo desmelenado y sabe recordarle a la mujer su condición específica, su particular manera de ser representando la especie, particular manera de ser que le ahorra ejercer la condición de persona y tomar la palabra en la asamblea. Las anécdotas que ilustran la tendencia del hombre culto español a

comportarse como un peón caminero son abundantes. Margarita Nellen recuerda de su vida universitaria, allá por los tiempos de la monarquía, cómo una muchacha intentó hablar en una asamblea de estudiantes y tuvo que callar bajo una lluvia de piropos. Aún con mayor elegancia, Ortega y Gasset nos cuenta su propia reacción ante unas mujeres atrevidas que quisieron ultrapasar los límites de su propia sexualidad:

«Siendo yo joven, volvía en un gran transatlántico de Buenos Aires a España. Entre los compañeros de viaje había unas cuantas señoras norteamericanas, jóvenes y de gran belleza. Aunque mi trato con ellas no llegó a acercarse siquiera a la intimidad, era evidente que yo hablaba a cada una de ellas como un hombre habla a una mujer que se halla en la plenitud de sus atributos femeninos. Una de ellas se sintió un poco ofendida en su condición de norteamericana. Por lo visto, Lincoln no se había esforzado en ganar la guerra de Secesión para que yo, un joven español, se permitiera tratarla como una mujer. Las mujeres americanas eran entonces tan modestas que creían que había algo superior a "ser mujer". Ello es que me dijo: "Reclamo de usted que me hable como a un ser humano". Yo no pude menos de contestar: "Señora, yo no conozco ese personaje que usted llama "ser humano". Yo sólo conozco hombres y mujeres. Como tengo la suerte de que usted no sea un hombre, sino una mujer —por cierto espléndida—, me comporto en consecuencia».

Lo importante aquí, claro está, no es tanto la actitud del joven Ortega, que debía de sentirse un tanto aturullado ante la exigencia de diálogo en términos de igualdad de la bella sufragista, cuanto que es el filósofo que escribe en 1949,

quien aduce este ejemplo para explicar que en la mujer todo es sexo. Y ahí está la diferencia entre el hombre y la mujer, nos explica, ya que el **ego** masculino olvida el **hermano cuerpo**, mientras que el **ego** femenino es su **propio cuerpo**. Y sin poder evitar las formas atávicas del piropo, Ortega y Gasset concluye: «En este hecho veo yo una de las raíces de donde emerge, sugestivo, gentil y admirable el espléndido espectáculo de la feminidad». («El hombre y la gente», José Ortega y Gasset.)

La teoría es simple y cómoda de entender: El varón civilizado se ha librado de la identificación con su propio sexo y esto le ha permitido realizarse como persona y organizar el mundo a su alrededor, acumular capital y distribuir influencia. Esta teoría, que se halla ampliamente expuesta en Hegel —el moralista genial de la sociedad capitalista—, nos permite comprender por qué la mujer no es persona, sino simplemente un ejemplo más o menos afortunado de su específica sexualidad. Dicho con vocabulario hegeliano, la mujer es especie y el hombre individuo. Y en la tradición hispana del piropo —nos explicaba el doctor Pedro Font y Puig, de quien fui ayudante de cátedra—, hallaremos la conducta ejemplar del varón diferenciado ante la llamada de la especie irredenta que es la mujer. Toda mujer, insistía el doctor Font, siente la satisfacción de ser plenamente su sexo cuando un hombre, al pasar por su lado, le lanza el más perfecto de los piropos: **¡Eso es una mujer!** La mujer así jaleada tiene que sentir entonces la plena satisfacción de ser ejemplo y paradigma de su propio sexo.

Contesté en aquel entonces al doctor Font y Puig que, cuando esto sucedía, y sucedía a menudo dado el clima mental de nuestra tierra, yo daba por supuesto que, en el varón piropoeador, se habían despertado los apetitos indiferenciados de su propia sexualidad, y que para satisfacerlos le servía cualquier mujer: yo o la vecina de enfrente. Sonriente, pero con rigurosa consecuencia de filósofo, el doctor Font me explicó que mi particular interpretación era debida al hecho de poseer yo una inteligencia masculina. Hegel lo había explicado muy bien: Sólo el deseo del hombre se expresa como voluntad de elección; el deseo de la mujer acepta la elección y reconoce en el hombre que la ha elegido **el marido**, o sea, aquel que le dará los hijos que su sexualidad reclama. Y la mujer, digo citando a Hegel, que prefiere este hombre a otro, demuestra no poseer un carácter ético puro.

La identidad **mujer-sexo** y la función social de la mujer como sexualidad es privativa de la clase burguesa. Al margen, sin identificar, molestas en su modo de ser excepcional, existirán las mujeres campesinas y el proletariado feme-



nino. La burguesía elaborará su propia moral de clase, a lo largo de los siglos XVI, XVII y XVIII, y modelará el prototipo de mujer que hemos dado en llamar femenina. De niña la encerrará en un convento, donde cultivarán su ignorancia con esmero, y de allí pasará a su función gestante, gracias a la cual su horizonte doméstico se reducirá al clima más o menos afortunado de la alcoba.

La moral burguesa que se forjaba en las tierras hispánicas, como en el resto de Europa, en el tránsito del medioevo al renacimiento, es decir, en el paso de una economía agrícola estable a una economía

comercial que inicia el proceso de acumulación original capitalista, encuentra en la encrucijada del barroco español su expresión perfecta. Podemos ver, a través de la literatura barroca castellana, cómo la mujer va siendo encerrada en su determinación sexual, en su pasividad trágica, mientras el hombre asume el monopolio del libre albedrío. Y ello con una crispación, una angustia, fruto sin duda de la inadecuación de la nueva moral sexual y la realidad de la conducta. Enajenada de toda responsabilidad, la mujer se convierte en pura motivación de tensiones masculinas. El amor, la espléndida de la unión

carnal desaparecen del temario. Se alejan en el tiempo los amores apasionados y enteros de Tirant y Carmesina, de una sensualidad gloriosa; se desconoce el cántico de la posesión mutua de Calixto y Melíbea, último alegato de protesta; queda únicamente a la superficie la cuestión de la honra, quehacer social y masculino.

Don Juan ocupará más tiempo en sus lances con los hombres que ha deshonrado —padres, maridos, hermanos— que en su unión carnal con las mujeres víctimas. La rapidez con que Don Juan salta de la cama después de haber desflorado a su víctima, su versión de la

virilidad como acumulación de lances amorosos, su énfasis retórico que exige un público que aplauda son exponente de los nuevos valores que la sociedad burguesa pone en auge: sanción pública, acumulación de bienes, sacrificio del placer.

Calderón lleva a sus últimas consecuencias la determinación de la mujer como sexualidad pura, naturaleza enemiga en donde el varón, espíritu puro, lucha, a mano armada, para salvar intacta su honra. La mujer desaparece en el barroco español y en su lugar se propone su imagen sublimada o degradada: la santa o la prostituta.

El hombre del barroco, el varón angustiado por la fragilidad de su honra, que se apoya, como sabemos, en la opinión de los demás y no en las propias virtudes, sólo tiene un sistema para garantizar la limpieza de su frente: encerrar la mujer entre cuatro paredes y que no la vea nadie, mientras él deambula por la plaza contando sus fechorías eróticas. Américo Castro sostiene una sugestiva teoría: La dialéctica de la honra que culmina en el teatro calderoniano no tiene nada que ver con el tema amoroso, este es sólo una amable metáfora para explicar lo que era la constante obsesión del hombre nuevo, los procesos de limpieza de sangre. El hombre español de la rica Castilla colonizadora tenía que estar demostrando continuamente su **hombria**: la más leve acusación, la mínima sospecha le convertía a él en sospechoso, y, tras el proceso, perdía el cargo en la Administración, el beneficio eclesiástico, la procuraduría en la Corte, la cátedra en la Universidad; en definitiva, la cédula de libre circulación por el orbe hispánico. Nadie puede escribir una tragedia cuyo argumento sea el temor de perder un empleo lucrativo —dice Castro—, y por ello, la literatura española se llenó de lances de honor, bajo simulado tema amoroso. Lo cierto es que la aguda interpretación de Américo Castro no hace más que iluminar con mayor claridad el valor social de la sexualidad y explicar por qué la mujer, identificada a su función de objeto erótico, es propiedad particular del hidalgo, elemento integrado a todas las demás cualidades públicas que cimentan su fama: dinero, títulos, influencia.

La mujer tiene que llegar al matrimonio virgen, desde luego, pero sólo muy de paso se preocupa la moral burguesa de su virginidad, ya que se da por supuesta. La virginidad de la mujer, condición social necesaria para garantizar la legitimidad de la herencia, es tema esencial de una sociedad agrícola estable. El romancero, que nos conserva intactos los estilos de vida de las antiguas naciones de España, nos habla de venganzas, de muerte y de repudio; de doncellas atrevidas y livianas, de comadres lascivas, de doncellas que van a la guerra y de las damas que escogen galán. En el universo jerarquizado del medioevo, el varón rige su hacienda y exige fidelidad a la mujer, ya que esta es la única garantía de su herencia, pero no es la opinión ajena lo que modela su dignidad. El romance santanderino de la esposa infiel nos cuenta:

¿Quién es ése que en tu cuarto
sin el mi permiso entró?
Al verse ya descubierta,
de rodillas se postró.
—Mátame, marido mío,
que bien lo merezco yo.

—No te mato, no, mi vida,
no te mato, no, mi amor,
que mientras vivas vencida,
venciendo yo siempre estoy.
Y con la faz descompuesta,
de su casa la sacó,
y la sacó por un brazo,
y a su casa la llevó.

La antigua ley que ha establecido el núcleo familiar y la posesión de la tierra prevalece, pero en el ámbito de esta ley la mujer arriesga a conciencia su permanencia en el orden. La infanta que demuestra no poseer un carácter étnico puro, según Hegel, escoge su placer y arriesga su reputación:

—Gerinaldo, Gerinaldo,
mi camarero florido,
quién te tuviera esta noche
tres horas a mi servicio.



Don Juan ocupará más tiempo en sus lances con los hombres que ha deshonrado —padres, maridos, hermanos— que en su unión carnal con las mujeres.

Y la Dama de Tremp escoge sin rubor el caballero que quiere robarla:

Dotze cavallers,
dotze camarades,
son anats a Tremp
a robar una dama.
Quan ja son a Tremp,
sola l'han trobada.
Sola en el balcó,
que a la fresca estava.
—Senyora Isabel,
voleu ser robada?
—Robada en seré,
si el lladre m'agrada.

Doce caballeros,
doce camaradas,
se han ido a Tremp
a robar una dama.
Cuando están en Tremp,
la han encontrado sola.
Sola en el balcón,
tomando el fresco.
—Señora Isabel,
¿queréis ser robada?
—Seré robada,
si el ladrón me gusta.

Al hablar de la tierra gallega, Alberto Miguez hace una referencia al tópico de la «facilidad» de la mujer gallega: «En cuanto a la estricta mentalidad prenupcial, que exige la virginidad en la mujer como muestra suprema de honradez, no siempre se da, como en la meseta castellana, en su más rígida interpretación. La virginidad tiene importancia en el campo gallego

obediente. El burgués puede decir, en elogio cínico de su esposa, la frase que se atribuye al pequeño burgués catalán: «La meva senyora, que es una santa...». («Mi señora, que es una santa...».)

En la España del machismo y la autoridad paterna, «El sí de las niñas», de Moratín, pudo ser prohibida y aclamada como obra revolucionaria.

Pero hoy, después de los frustrados intentos de feminismo, ¿cuál es la condición de la mujer? Libre ya, y en plena crisis el mito de la virilidad, aun cuando persistan, como fósiles ejemplares, los piropos callejeros, ¿cómo siente y vive la condición de su sexo?

No necesita ya conocer su cuerpo desde dentro, como decía Ortega y Gasset. Una ingente literatura, que llena los quioscos, que se vende en fascículos profusamente ilustrados, la informan que su sexo, desde el órgano único que se inicia en el feto, llega a la perfección de su aparato genital diferenciado. Sabe si ha sido capaz de asumir su plena condición de hembra, que tiene derecho, como cualquier varón de la tribu, a su parte activa en el acto sexual. La educación sexual se propaga desde las escuelas ricas y progresistas hacia las menos afortunadas. Sólo que, como dijo Wilhelm Reich en «La revolución sexual», esta educación: «Se caracteriza por las siguientes propiedades: llega siempre a destiempo, actúa secretamente y esencialmente no considera el placer sexual. De las contradicciones de la situación se desprende que actúan con más consecuencia quienes están contra toda educación sexual. Se les tiene que combatir porque son enemigos de los resultados científicos; sin embargo, en cierto modo son más claros que los reformistas espiritualizantes que creen de verdad que cambian la situación con sus aclaraciones».

Porque la verdad es que la muchacha de hoy descubre su propia sexualidad sin salir de ella. Todo lo contrario, permanece en ella, co-reada, exaltada por los «slogans» que le dedican los agentes de la sociedad industrial avanzada. Mezclados con los piropos callejeros, puede leer en las revistas femininas: **Ser mujer es un arte. El está enamorado de su pelo, porque... Depilarse es un placer, sí... Triunf ha hecho algo para cuando usted no quiere ponerse nada...** Se han debilitado sus represiones, la tensión ante el secreto de su propia sexualidad ha cedido, convirtiéndose en fetiches los objetos, bloqueando la propia sexualidad en un estadio casi infantil, que se manifiesta en una constante satisfacción autoerótica en forma de consumo y de exhibición.

La mujer española no se ha liberado aún de la autoridad del padre y del marido, y ha pasado ya a depender de los manipuladores de

La identidad y mujer-sexo la función social de la mujer como sexualidad es privativa de la clase burguesa. Al margen, sin identificar, molestas en su modo de ser excepcional, existirán las mujeres campesinas y el proletariado femenino.



la sexualidad. Aquello que se le ofrece como libertad es la imposición de un comportamiento previamente planeado, que se fija prematuramente. Necesidades instintivas y coerciones sociales se identifican para conducirla a la función genérica que le ha asignado su clase. Veamos un ejemplo reciente de la tramoya de esta manipulación, que ha sustituido la coerción familiar contra la que se revelaba la protagonista de Moratín (en 1806), y que por ello fue denunciado una y otra vez al Tribunal de la Santa Inquisición.

En la Alemania Federal, el «trust» Springer posee las siguientes revistas: «Eltern» (para esposas jóvenes de la clase media), «Twen» (para jóvenes solteras de la clase media), «Bravo» (para jóvenes de la clase media inferior y capa social baja), «Das Neue Blatt» (para matrimonios resignados procedentes de las capas sociales inferiores), «Hör Zu» (no específico de ninguna clase).

La revista «Bravo» y la revista americana «Teen» son las encargadas de organizar este año, en Berlín, el Teen Princess Pageant. ¿Qué es una teen? Una muchacha con físico actual, en su edad, estudiante o no y de espíritu abierto. Cada teen, previamente elegida, acude representando una revista de su país. Portugal, «Diario de Lisboa»; Filipinas, «Beauty World»; Austria, «Kronen Zeitung»; Inglaterra, «Blackpool Gazette»; Venezuela, «Elles»; Sudáfrica, «Personality»; Norteamérica, «Teen»; Bélgica, «Sabena Revue»; Grecia, «Fantasio»; Suiza, «Blick»; India, «Femina»; Israel, «La Isha»; Ecuador, «Telegrafía»;

Irán, «Zan-e-Ruz»; Francia, «Madoiselle Age Tendre»; Noruega, «Are Runt»; Yugoslavia, «Plavi y Jesnek»; Luxemburgo, «Revue»; Alemania, «Bravo», y España, «Telva».

Programa del encuentro: estreno del film de los Beatles «Let it be», Cenas. Concurso de fotografía. «Party» rural. Paseo en barca por el río Havel, entre lanchas americanas y rusas, mientras en la barca la paz suena en ritmo «ye-yé». Larguísima «tests» a las teen: ochenta preguntas. Pruebas de vestidas. Baile, en el cual un cuerpo de rosenkavallars escoltan a las 21 teen. Final: elección de Teen Princess Pageant. Epilogo: los editores de «Bravo» reúnen a todos los periodistas representantes de las citadas revistas para hablar del teenager como consumidor. «Bravo» presenta datos, ofrece cifras, especifica qué compra y qué no compra la juventud e invita a los demás países a cotejar sus particulares datos.

Este es uno de tantos ejemplos, podríamos ofrecer muchos más. Todos ellos nos llevarían a una misma conclusión: la moral burguesa encerró la mujer en la alcoba, y, a pesar de las apariencias (en vez de la piel pálida de las bellezas decimonónicas está de moda el bronceado), la mujer sigue existiendo como sexualidad. El derecho al placer la ha convertido a la obsesiva cuantificación del lance erótico. En el mejor de los casos, la píldora antibaby la ha liberado del terror a la maternidad, de los abortos trágicos y de la imagen pobrecita-ñiña-soltera-abandonada, pero el mundo a su alrededor sigue exigiéndole el papel de esposa y de aman-

te. Ya no arriesga la vida en sus escapadas de adúltera, y la promiscuidad se considera de buen tono en las capas privilegiadas de la burguesía. Libro de copiosas maternidades, puede ser, como diría Ortega, «espléndido espectáculo» más allá de los límites de la menopausia, pero lo coerción social la atrapa en los más estrictos límites de su sexualidad. Y no tardaremos en ver circular, en manos de la burguesía más ilustrada, un manual, traducido del americano, claro está, que explique cómo evitar que la esposa se divorcie, descubriendo al ignorante marido todas las zonas erógenas del cuerpo femenino. El protagonista de «A secreto agravio, secreta venganza», de Calderón, se hubiera evitado angustias y ajetreos de haberlo sabido.

Nos llega la noticia de las americanas rebeldes contra el lavado de cerebro sexista. Los sesudos varones de nuestra tierra nos anuncian que nada hay que temer, porque se trata de un fenómeno típicamente americano. La verdad es que si realmente fuera un movimiento revolucionario dejaría de ser inmediatamente americano en exclusiva; lo grave es que tiene las trazas de ser un intento reformista. El sexo no es dato biológico, sino social, y la mujer, en el área del neocapitalismo, permanece irremisiblemente en su condición específica de hembra. A su paso por las calles de las ciudades españolas puede oír el piropo perfecto: «¡Eso es una mujer!» y puede leer, gracias a las traducciones de las editoriales progresistas, el sabio consejo del bit americano: «Muchos orgasmos e hijos sanos para la patria».

sobre el "uso" del matrimonio

por el doctor Ortega

La educación sexual ha tenido una primera consecuencia estimable. Cualquier persona medianamente culta conoce hoy con detalle la vida sexual de las fanerógamas, de la «mantis religiosa» y de los indios arapesh. Sigue ignorando casi todo sobre sí mismo y su pareja, pero a pocas inquietudes intelectuales que haya tenido, sus conocimientos de la biología comparada habrán alcanzado un nivel altamente notable. Ni siquiera los médicos y los sacerdotes reciben una preparación especial y exhaustiva todavía sobre estas cuestiones, aunque se parta de la base de que en sus respectivos quehaceres casi todas las personas que se les acerquen van a llevar la pretensión de resolver con ellos, directamente y por el diálogo, algunos de los muchos problemas que les plantee su ignorancia o su insatisfacción. El nivel de conocimientos médicos, en general, no pasa de las consabidas nociones anatómicas y fisiológicas, lo que resulta poco más o menos tan inoperante como la biología comparada, nivel que en los sacerdotes se trata de ampliar con las observaciones de santos medievales y de San Agustín.

El tema es, naturalmente, difícilmente abordable. La gente prefiere referirse a él utilizando una metonimia: el «uso del matrimonio». El matrimonio es, pues, para la gente, y de puertas adentro, algo que se «usa». Dejemos a un lado los comentarios sobre la doble acepción del término, de función y de desgaste, porque nos alejaría del tema. Pero para que lleguemos a un entendimiento medianamente aceptable, conviene centrar el problema. Ocorre que la sexualidad es un desarrollo en varias fases. La primera fase comienza a partir del nacimiento y dura de seis meses a un año. Es la fase oralcanibalística: oral, porque se concentra en los labios, en la boca, la máxima capacidad de satisfacción, y canibalística porque la meta de esa localización es morder y deglutir. El niño vive fundido en el medio ambiente, del que sólo emerge, confusamente, la madre. Establece relaciones con ella, se comunica con ella y va recono-

ciendo sus rasgos, su voz, su contacto. Es un comienzo de individualización que se centra, sobre todo, en la zona de los ojos de la madre. De ambos ojos: un niño desconoce a la madre si se le presenta de perfil. De esta fase persistirán, para el resto de la vida algunas cosas importantes, como el beso, o la necesidad de abarcar los dos ojos del interlocutor en el diálogo y la mirada como mecanismo de comunicación fundamental en el comienzo del amor o de cualquier tipo de relación con los demás. La segunda fase dura doble tiempo en su desarrollo, de uno a tres años, y se llama fase anal-sádica. El interés se desplaza de la alimentación a la defecación, de la absorción a la destrucción, del amor al odio, de la simbiosis a la dominación. Como al final de la primera fase se había ido destacando el Yo —la oscura conciencia de sí mismo—, se van perfilando los demás, por lo tanto, como los Otros, destacando de los objetos del contor-

no. Lo que el niño pretenderá en seguida es dominarlos. Por ejemplo, él se da cuenta de que mediante el control de la defecación puede castigar a la madre si no está siempre con él o no viene cuando él quiere. Las resonancias que esta fase tenga en la vida ulterior son, como se comprende a poco que se medite en ello, amplias y muy variadas, desde la tendencia a expresar con palabras que hagan referencia a los excrementos cualquier frustración, a todo el complejo mecanismo de dominación de los demás, con sus múltiples y espectaculares consecuencias. Luego, de los tres a los cinco años, hay una fase de amor activo —amor sin genitalidad—, en la que ocurre el tan comentado complejo de Edipo, y después de esta fase y de un tiempo de latencia variable, hacia los doce o catorce años, estalla la genitalidad definitiva, que durará hasta el ocaso sexual. La meta de esta fase es el acto sexual, y hay un desplazamiento

Eso es el amor: la capacidad de desprendernos de nuestro caparazón consciente, de nuestro yoísmo, y salvarnos de nuestra soledad mediante la entrega al Otro.



del interés amoroso desde los padres a los compañeros —al próximo, al prójimo— y de los compañeros al amor heterosexual.

Merecen tenerse en cuenta estas fases para comprender mejor todo el problema de la sexualidad. Cuando en el transcurso de la vida se encuentra el hombre con obstáculos interpuestos entre el deseo y su consecución, dicho en términos generales, tiende a volver atrás, regresa, y entonces se hacen patentes pautas de comportamiento primario, infantil, y si por razones más o menos complejas se detiene el desarrollo normal, se fija en un determinado tipo de reacción o de conducta, sin progresar. La meta es la madurez, pero la madurez, como la perfección, como todo lo idealizable, no es una meta real: es un camino.

El hallazgo del «sí mismo», del Yo-soy-yo, coincide con el descubrimiento del propio cuerpo como fuente de placer. Este hallazgo aboca en la autosatisfacción. La masturbación —aunque incompleta, sólo esbozada— aparece ya rudimentariamente en los niños pequeños, y después del período de latencia será el primer fenómeno sexual, vigil, consciente, del adulto. Fenómeno pasajero, ya que si todo transcurre con normalidad, el individuo tiende a volcarse hacia fuera, a salir de sí huyendo del vacío de su soledad interior, y encuentra al Otro Yo y su Cuerpo, lo que le conduce al intercambio heterosexual. La persistencia de la autosatisfacción revela, pues, en principio, un trastorno más o menos profundo de la personalidad. Hasta qué punto pueda achacarse esto a las condiciones ambientales cuando no son extremas, como en el aislamiento total del individuo, o culturales, educativas o socioeconómicas, o a fallos internos digamos que de la naturaleza humana, para ser poco explícitos, es lo que se discute. Para el celibero medio, la autosatisfacción es generalmente el único camino abierto para ponerse en paz con su sexo, excluido el matrimonio.

La homosexualidad es el efecto de una fijación o de una regresión. La relación homosexual, completa o esbozada, sublimada o no, puede ocurrir con naturalidad en el período de latencia, justamente al comienzo de la vida sexual adulta. Por su relación temporal y por su carácter dual está más próxima de la relación heterosexual que la autosatisfacción. La favorecen algunas circunstancias ambientales, como la promiscuidad unisexual con ausencia del otro sexo, pero así como la masturbación es más compulsiva, la homosexualidad se monta siempre sobre una cierta oposición al grupo, con una malévol insolencia voluntariamente exhibida, y en el fondo revela

un cierto temor al otro sexo, percibido oscuramente como destructor.

Teóricamente, la heterosexualidad monógama debía de ser la solución natural y socialmente estimable, excluida, claro está, la sublimación. Una mujer a la que pregunté si encontraba alguna satisfacción en el «uso del matrimonio», me contestó que ella no era viciosa. Era una mujer mayor, de otro tiempo. Estaba bien condicionada para reprimir la más pequeña sensación corporal placentera. El problema del orgasmo es el siguiente: en el hombre es inseparable de la fecundación, pero en la mujer es indiferente de ella. Es decir: el placer es un sobreañadido, un lujo, o, lo que es lo mismo, etimológicamente hablando, un vicio, algo que no es necesario, sin más implicaciones morales. Incluso así, considerado el orgasmo de la mujer como no necesario, la cosa sigue teniendo un cierto cariz de haber sido condicionada por el varón y en su propio beneficio. Pero es curioso que siendo la mujer, en la pareja, la que más está volcada hacia la fecundación —por su organismo, por su estructura anímica—, no se haya caído en la cuenta de que el placer sexual quedaba desprovisto así de su función garantizante de la pervivencia de la especie. Realmente, el hombre no se cuida lo suficiente de su tendencia a atribuir una lógica —su lógica— a todo lo que se mueve en el mundo. Como si su lógica fuera permanente, definitiva, y no estuviera en continua evolución. El ideal sería, con respecto al orgasmo, exactamente lo contrario de lo que ocurre: teniendo en cuenta la psicología del varón medio, el ideal es que fuera fecundante a voluntad, y teniendo en cuenta lo que espera la mujer fecundada, el ideal sería que tuviera garantizado el placer, al menos como una mínima compensación. Pero, claro, la mujer no necesita «esa» compensación. Las cosas van por otro camino. La mujer acepta con el amor un «quantum» de dolor sólo por asumir al hombre y recrear en su seno un síntesis de dos: al hijo. También hay razones para que, en todo caso, si el orgasmo natural de la mujer fuera algo no estrechamente unido a la fecundación —cualidad que no se habría perdido—, pero sí completamente casi obligado de ella, con el transcurso del tiempo y la ayuda de algunos determinantes socioeconómicos se convirtiera en algo mítico. La mujer se somete en el matrimonio —también se habla, con una expresión todavía más horrible, del «débito matrimonial»— al acto sexual en una situación de expectación angustiosa, aunque no sea más que porque no desca tener descendencia hasta que no termine de «poner

su casa» —y he estado a punto de referirme al nido, lo que hubiera sido una cursilería si el lector no iba, conmigo, hacia el mundo de las aves—. Cuando falla por primera vez el método de Ogino, la relación se dificulta aún más, y al tercer o cuarto fallo entra en un estado de expectación sobresaltada que no tiene más solución, casi siempre, que la que brinda la patología psicósomática. Se comprende que esa tensión la impida una entrega real y completa. Por fin, el libro de Ogino termina olvidado en el discreto rincón donde se había colocado, aun antes de nacer los hijos, en previsión de las hipotéticas apetencias culturales de los niños «sin la necesaria formación», y se recurre a Onán, mientras se espera el climaterio como una liberación. Es entonces cuando muchas mujeres, libres de tensión, conocen por primera vez lo que hasta entonces había sido un presentimiento inefable.

Haría mal quien estuviera pensando ahora en el egoísmo del hombre casado. Su recurso final, el apuntado por Onán, único método que no requiere muchas explicaciones para ser comprendido y que no exija el concurso de procedimientos físicos o químicos, es destructor. Como, por otra parte, virilidad y frecuencia de ejecución del acto son, para él, sinónimos, termina convirtiéndose, él mismo y para sí, en un infierno lo que en principio era una función noble, en su doble vertiente de expansión individual y de la especie. Eso, cuando no se ve abocado a las restricciones que le impone su mujer, y que él percibe de una forma mucho más convincente que las de los grupos de presión marcusianos. La mujer sabe que el hombre necesita su cuerpo, y le administra. La ayuda en la administración el método de Ogino también. Pero todo esto de someter el amor a limitaciones temporales, de encerrar en límites de circunspección lo que es la culminación natural de una cierta tensión somática y espiritual, no engaña a nadie. Eso, de amor, sólo tiene la apariencia.

El derecho de la mujer a la satisfacción se está haciendo cada día más evidente en otras latitudes, al poderse regular la fecundación por medios hormonales. Desde luego, el orgasmo es tan necesario para el equilibrio total de la mujer como para el hombre. Se puede excluir en su totalidad el amor humano, completo, de la vida de una persona, como en la sublimación, pero lo que no se puede hacer sin daño es excluirle parcialmente en algunas de sus facetas. La vida sexual compromete la existencia entera del hombre, y no es ni sólo fecundación ni sólo placer. Hay una cierta resistencia de la mujer a eli-

minar el riesgo de la fecundación, condicionada por la educación religiosa, pero ya está ocurriendo en otros sitios, y lo veremos nosotros, que es el hombre quien, en definitiva, se opone a la infecundidad de la mujer y prefiere incluso someterse a una intervención quirúrgica, problemática e irremediable, para ser el infecundo. La razón de esto es que la fecundidad de la mujer sirve, en cierto modo, de garantía de su fidelidad. La fidelidad que, en definitiva, no necesita reglas: no hay fidelidad mayor ni más segura que el propio amor, pero cuando todo se falsea y la relación es puramente contractual, epidérmica, física, la infidelidad —o el divorcio— es un acto puramente humano.

Nuestros hombres solteros oscilan entre la autosatisfacción regresiva y la heterosexualidad itinerante, no desprovista de un cierto carácter épico y azaroso. La relación sexual pretendida, y generalmente hipotética, resulta ser un gran incentivo de la imaginación y de la creatividad legendaria y mítica. Eso hace que sus conversaciones sean apasionadas, aunque ligeramente monolematas. En un alarde de dialéctica, se considera la cantidad como sustitutiva de la calidad, sueño donjuanístico de cientos de vírgenes, y en el mejor de los casos todo queda reducido a actos físicos, medibles, por la vía de apremio y, por supuesto, narrables. La soltería es, por lo general y salvo excepciones, que siempre las hay, una situación elegida a partir del miedo, miedo como responsabilidad, como destino. Realmente, no existe vocación de soltero. El matrimonio, que es la institucionalización del sexo, con sus múltiples implicaciones, se inscribe en la vía natural. La vocación religiosa es una llamada —«vocare»— que separa al individuo del camino dispuesto por la naturaleza y le conduce a otros fines, pero el hombre soltero y la mujer soltera, no siguen otras vías, están en la que conduce al matrimonio, sólo que para ellos es una vía parsimoniosa y prudente, o sosegadamente desesperante, vía frenada por antiguas y a veces inconscientes experiencias frustrantes y al fondo de la cual brilla, tenuemente, la temerosa esperanza de la relación heterosexual. En los hombres, pero no sólo en los solteros, sino también en los casados insatisfechos, ha tomado un cierto auge últimamente el mironismo-pornografía, exhibicionismo, etc. Pienso que es un fenómeno normal y muy primario. Es lamentable que aboque en la autosatisfacción, o que tenga que ser utilizado para estimular la física de la relación sexual, o que sea explotado como un paliativo. Lo sexual es esotérico, sagrado y misterioso, y todo

lo esotérico, sagrado y misterioso atrae fuertemente el interés humano, igual Eros que Tanatos: cuando la gente va por la calle y encuentra un muerto, va a verlo, pero no para ver nada nuevo, porque ya sabe lo que va a ver, sino por un impulso irrefrenable. Parece como si por ver la mirada del muerto, o la anatomía sexual o parasexual viva, se fuera a descubrir nada menos que el sentido de la vida.

Todo este panorama de fracasos del amor es revelador, como no podía ser menos, de la inautenticidad de la entrega. El hombre, que es pura materia por un extremo y puro espíritu por el otro, o ama como totalidad o se engaña. El problema puede enfocarse así: a partir de la soledad esencial del hombre. Hay una soledad física, una sensación de soledad, que es el estar solo, y un sentimiento de soledad, el sentirse solo. Cuando el hombre se va individualizando y va emergiendo del mundo informe de los primeros meses de vida, toma conciencia de sí mismo y de su individualidad, de que él es él y de que, le parezca bien o mal, se encuentra inmerso en un fenomenal problema, el de su vida, en el que no sabe exactamente cómo ha entrado, pero del que tiene que salir también solo, de una forma decididamente irremediable. Siente la soledad y eso le angustia. En la caricatura de lo normal que es la enfermedad, la angustia se hace consciente con frecuencia, la culpa algunas veces, pero la toma de conciencia de la propia soledad se acusa sin excepción de una manera atrozmente inquietante. Juega con dos monedas: la cara de una es la independencia, y el reverso, la soledad, y de la otra, la dependencia y el amor. Y elige su equilibrio. Cuando puede, cuando el niño se separa de la madre gateando, establece entre su madre y él un vacío —el primer vacío—, y para llenarlo recurre a otra forma de comunicación nueva, distinta de la que le había servido hasta entonces por el tacto, la mirada o el tono de voz de la madre. La nueva forma de comunicación también es aérea: la palabra. Gran invento la palabra. Hasta entonces no había secretos entre él y su madre: con su lenguaje preverbal su madre sabía si lloraba porque tenía hambre, dolor de oídos o mimo. Pero aparece la palabra y ya puede decir más cosas, ya puede comunicar con más precisión lo que quiere o lo que le ocurre. Sólo que también puede mentir: con la palabra aparece la posibilidad de engañar, de exagerar, de falsear el mensaje. La comunicación preverbal va a dejarle, sin embargo, y para el resto de su vida, una huella —inconsciente o no— y va a salir a

relucir como la parte más auténtica de nuestras relaciones con los demás. La mujer está más preparada para captar el lenguaje preverbal, sea madre o no, el lenguaje de la mirada, del gesto casi inapreciable o del tono de la voz, y en todo lo realmente importante, la palabra no será para ella más que un adjetivo. Esa es la intuición femenina.

Pero en el mundo extraño, oscuro y evanescente de la soledad íntima aparece un día el Otro, con una cualidad especial: como la posibilidad de ser penetrado espiritualmente y, al mismo tiempo, penetrar en nosotros rompiendo la costra de nuestra soledad. Eso es el amor, la capacidad de desprendernos de nuestro caparazón consciente, de nuestro yoísmo, y salvarnos de nuestra soledad mediante la entrega al Otro. Porque el amor es darse, más que recibir, sentir en uno mismo la capacidad de salirse hacia el otro; es por lo que se habla del amor de la madre al hijo como del más noble, ya que le da la vida. Cuando el hombre se percibe de su soledad, habla del «*tedium vitae*», se da cuenta de la inanidad de su vida, y busca la identidad con el Otro —por la mirada, por todo lo que ya hemos precisado antes como lenguaje preverbal. Necesita salir de sí y de la mano del Otro afrontar sus grandes pánicos, sus telúricos espantos, sus cósmicos miedos. Acepta la agregación con los demás —la tribu donde ha nacido, su «*clan*», su suelo— y se religa a ellos. Cada época de la humanidad ha tenido su idea religante, y es curioso que ahora, cuando parece palidecer la idea de un Dios paternalista, la juventud se religue en el amor más que en el miedo o el odio. Cuando en la tribu surge el amor de dos, hay una conmoción, porque el enemigo principal de la tribu es la pareja: comienzo de nueva tribu, que en seguida se aleja y con el tiempo formará otro núcleo, tal vez enemigo. En todo caso, se rompe de alguna forma la religación colectiva, y surge el secreto de dos, y el entenderse en un nuevo idioma, por encima de las palabras, a veces sólo compuesto por la mirada. La segregación de la tribu es un lujo que no se puede permitir siempre, como en el caso de los pueblos asentados o que han elegido un terreno hostil, difícil, y entonces, entre las normas que regulan cualquier esbozo de rotura y división tribal, destacan las relativas al sexo con un vigor que es comprensible. Pero, en definitiva, la pareja surge, y se funde: en lo físico, mediante el orgasmo; en lo espiritual, mediante la compenetración esencial, y de dos soledades individuales, temblorosas, fundidas, brota una nueva soledad. La nueva soledad, materializada, es el hijo. ■ Dr. O.

el erotismo en la calle y alrededores

Por Gonzalo Torrente Ballester



No hay que hacerse ilusiones ni pensar que las cosas han cambiado. En el fondo, lo de hoy es lo mismo que lo de anteaer, etapas de un mismo proceso cuya reversibilidad pongo en duda. Las estructuras profundas del erotismo español permanecen inmutables. Quizá no pueda ser de otra manera, al menos mientras la remoción no sea más radical. Y ésta no se vislumbra por ninguna parte. Pensar que estamos en los umbrales de un mundo nuevo es una de las muchas especies que corren por ahí como verdades para

pasto de bobos o instrumento de cucos. Ni la fisión del átomo, ni las conmutadoras pueden cambiar al hombre más allá de la mera superficie. La única mutación real de que tenemos noticias —más conjetura que experiencia— hay que situarla hacia los días del neolítico. Desde entonces acá, lo que ha cambiado son las modas. Y la de ahora es el erotismo sin recato, que no es un fenómeno espontáneo, sino calculado y explotado. Bien, ¿Cuánto durará? ¿Y qué vendrá después? Todo es posible y todo es imprevisible. La Historia dirigi-

«También contra estas parejas, clientes del parque del Oeste o de la Ciudad Universitaria, se ejerció la persecución...».



«Nosotros íbamos al muelle a verles desembarcar, les seguíamos mientras atravesaban la ciudad y nos deteníamos en un lugar cuyo allende nos estaba vedado....»

da trae algunos resultados con los que no se contaba. Es dirigida sólo parcialmente. Y ya veremos en qué se trasmuta esto del erotismo a ojos vistos cuando deje de ser una novedad y, sobre todo, un negocio. Por lo pronto, empiezan a aparecer síntomas que nadie había previsto. En los Estados Unidos, cuna visible del fenómeno, cunde entre cierta juventud un movimiento de repulsa, que llega en algunos círculos hasta el compromiso de no ejercitar el saxo antes del matrimonio. No procede de ninguna religión concreta ni de ningún grupo social o moralmente tradicionalista. Por ahora conserva la espontaneidad de una reacción explicable. Ya veremos en qué para. Y a qué distancia en años tarda en producirse en Europa el movimiento paralelo. Si es que constituye, efectivamente, un movimiento vivo y no una imitación. Sostengo, por otra parte, que no hay sociedad más disciplinada que la nuestra, a condición de que las órdenes no aparezcan como tales y de que procedan de fuera. Esta docilidad

se advierte en casi todos los órdenes de la actividad social, desde lo intelectual hasta la conducta erótica. Hace pocos días le pregunté a una muchacha que qué le gustaría ser. «¡Extranjera!», me contestó, entre radiante y melancólica. Después me explicó por qué. Y yo quedé solamente melancólico.

Cuando yo era niño, «la calle» cumplía casi a la perfección una función informadora. Supongo que los padres contarían con ella, a juzgar por su despreocupación en materia de enseñanza sexual. Se suponía que, a cierta edad, los niños ya lo sabían todo, y a otra cosa. El cómo no parecía importarles, y, sin embargo, todo el «quid» de la cuestión residía en ese cómo, del que la información recibía su carga de malicia, suciedad, agresividad y mala conciencia. Aquello era «el pecado», con exclusión de todo lo demás, el pecado entonces sólo «sabido». Pero aquel saber, al poseerle, cumplía, además, determinadas funciones jerarquizantes en la sociedad infantil. El paso de la inopia al saber era, acaso, el pri-

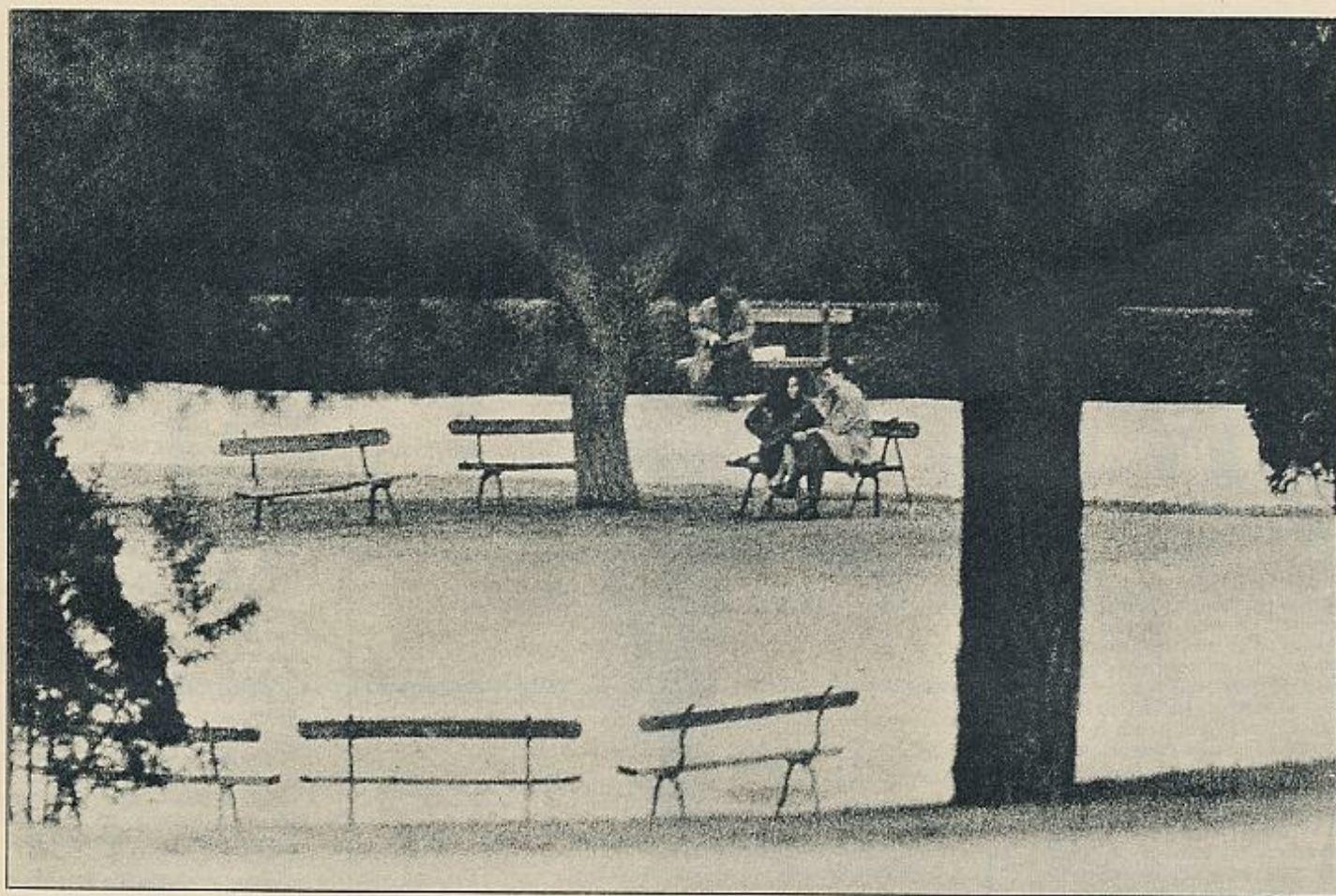
mer ceremonial después del bautismo (y digo «inopia» no porque equivalga a ignorancia, sino porque, en la jerga de mi infancia, de los que todavía «no sabían» se decía que «estaban en la inopia». Las razones de esta desviación semántica las ignora).

Otra característica era la agresividad, enderezada contra las manifestaciones semipúblicas del erotismo y contra sus síntomas en las mujeres. Parecerá increíble, pero la mujer embarazada era objeto de burlas, que con frecuencia recaían en los hijos menores de la burlada: «A tu madre le dieron una patada en la barriga», a lo que seguía el coro de carcajadas. El pobre crío así mofado quedaba, a partir de entonces, en situación de inferioridad, por lo menos hasta que su madre salía de misa de parida.

Se podrá pensar que este fenómeno, tan en contradicción con las normas oficiales de nuestra moralidad, abarcaría un área geográfica mínima y concreta, quizá por su influencia inglesa, en la que pudiera ser degeneración de hábitos

puritanos. Pero, no hace muchos años, un amigo en cuya veracidad confío, me contó la siguiente historia: Una señora cuarentona, madre de una hija de veinte años, quedó inesperadamente encinta. Cuando su hija lo supo, la avergonzó de tal manera y hasta tal punto de insistencia y crueldad, que la pobre madre acabó ahorcándose antes de parir. Esto sucedió en un pueblo de Salamanca, adonde no creo que haya llegado, al menos directamente, la influencia inglesa. La estrechez del ambiente, y acaso la presencia de complejos turbios, no basta a explicar el drama. Hubo, en efecto, épocas en que las mujeres españolas de clase más o menos media recataban su estado en la medida de lo posible, probablemente por distinguirse de algún modo de la tranquilidad, el «desembarazo» con que lo llevaban las mujeres del pueblo. Las burlas que sufrían, a causa de sus madres en estado, los niños de mi pueblo no eran más que la versión brutal de un prejuicio burgués asimilado por nuestra sociedad durante el siglo XIX, más bien en su segunda mitad; pero no hubiera proliferado ni alcanzado expresiones tan brutales sin la presencia y colaboración de un especial «caldo de cultivo». Lo halló en esa idea —o sentimiento— de cosa «sucia» con que se manifiesta lo sexual en sociedades y en individuos enfermos, y que, por formar parte de todo un sistema de precauciones, se procuró conservar y aun aumentar. La tarea de reconquistar la limpieza sexual se dejaba al cuidado de quien se interesase por ella, de quien sintiese su necesidad. No era muy fácil. Un médico amigo mío me contaba, en 1932, el siguiente caso: Una paciente suya presentaba perturbaciones nerviosas claramente originadas por la insatisfacción sexual. Llamó a su marido y le aconsejó que pusiera más cuidado en los trámites. «Doctor —le contestó el marido—, mi mujer no es ninguna prostituta».

Otro aspecto, por fortuna en trance de desaparición, si no del todo desaparecido, la persecución del amor acogido a la oscuridad, quizá tenga raíces más antiguas; pero, como juego recién descubierto, los niños lo ejercían con saña. Le precedía una clasificación de las parejas, la cual, a su vez, se originaba en una observación paciente e implacable. «Fulano y Fulana se maguean». A partir del descubrimiento, los pobres Fulano y Fulana perdían la tranquilidad de sus expansiones, por lo general en el límite mismo de la inocencia. Valían contra ellos proyectiles de cualquier clase, pero se preferían los más viles. La estrategia del acoso cambiaba según que la estación fuera seca o lluviosa: estrategias de portal o de jardín. No necesito añadir que esta diversión, este jugar al pim-pam-pum con parejas que se



«La estrategia del acoso cambiaba según que la estación fuera seca o lluviosa: estrategia de portal o de jardín...»

besaban o abrazaban en las partes oscuras de los jardines, contaba con todos los beneplácitos, incluso con alguna que otra bendición. Los niños llegaban a sentirse tan justificados como los caballeros andantes. Era aquélla un tipo de agresión de la que no había que confesarse.

Ahora voy a hablar de un privilegio, llamémoslo así, que nos cupo a los chicos de mi pueblo y de mi generación, y no a muchos más. La escuadra inglesa visitaba periódicamente nuestro puerto y, después de la guerra del catorce, lo hizo durante varios años seguidos. El aire se colmaba de olor a «Capstan Navy Cut», y las calles, de «chonyms» con impermeable de hule, gorra blanca y pipa. Solía ser aquélla la primera recalada después de un largo viaje sin escalas. La flema inglesa disimulaba el frenesí sexual de unos cuantos miles de hombres, pero sólo hasta cierto punto. Nosotros íbamos al muelle a verles desembarcar, les seguíamos mientras atravesaban la ciudad y nos deteníamos en un lugar cuyo allen-

de nos estaba vedado, no sabíamos por quién ni por qué. Y desde el límite que esa ley no escrita nos había impuesto, veíamos, primero, la entrada en los prostíbulos de la marinería y, cuando éstos se hallaban colmados, las largas colas de fumadores pacientes que se formaban ante las puertas, y por lo general bajo la lluvia. En mi recuerdo se funden diversas etapas y diversas ocasiones del mismo espectáculo. Supongo que el estupor de la primera experiencia se habrá desvanecido un año tras otro, al hallar rudimentaria explicación al hecho o sólo por la costumbre de verlo. En qué medida esta masificación del sexo influyó, conformó o deformó nuestras ideas, experiencias, esperanzas o temores, no estoy en situación de dilucidarlo, pero pienso que algo habrá pesado. Al espectáculo no le faltaban matices cómicos. En mi pueblo se guarda memoria del telegrama despachado por una proxeneta local a una colega de Villagarcía de Arousa: «Escuadra inglesa en puerto. Envía material».

El bagaje de conocimientos con que el adolescente se apercibía para su entrada en la vida y para esa primera experiencia de libertad, traída por los estudios superiores o por el ingreso en el trabajo, se debía, casi en su totalidad, a la calle. El resto —no muy rico— procedía generalmente de lecturas clandestinas ante la ley del hogar, no de la sociedad, porque la pornografía estaba por lo menos tolerada: una pornografía elemental a bajo precio, vergonzosamente solicitada al propietario del quiosco en que se vendía y subrepticamente leída, prestada y comentada. Lo malo, sin embargo, era el mundo sentimental en que todo se inscribía, la desorientación, la carencia de un sistema moral positivo que sustituyera al de tabús, vetos, incitaciones malsanas y falsas implicaciones sociales en que el sexo venía envuelto. Las diferencias prácticas entre lo que esperaba el estudiante y el trabajador eran escasas. Todo lo más, el estudiante podía —si lo quería— acceder a la teoría y montar su

sistema de ideas para uso privado y justificación de su conducta. Pero, en mi tiempo y en ciertos niveles, pocos lo apetecían. Las diferencias reales no se establecían entre el culto y el inculto, sino entre el rico y el pobre. Este, destinado a la sexualidad barata, de la que sólo le eximia el matrimonio prematuro. Aquél, a la aventura, al prostíbulo costoso, al «cine de plan» y a otros recursos exigentes de una economía razonablemente sana.

Todavía el cine no era cobijo, en las provincias, de tímidos, degenerados, cínicos y bricoleurs. La estrecha codificación de la vida local, al menos en sus parcelas burguesas, establecía una vigilancia que hacía imposible todo desmán. Se decía que en Madrid pasaban tales y cuales cosas, porque Madrid era entonces para los provincianos lo que París sigue siendo para cierta clase de madrileños. La inocencia a oscuras no duró mucho. Sin llegar a los cines especializados, las expansiones eran más frecuentes y, a veces, escandalo-

EL EROTISMO Y ESPAÑA

sas. Recuerdo que la primera vez que fui al cine en París me sorprendió el que una pareja vecina atendiese correctamente a la proyección y se basase en los intermedios, a plena luz. Justamente lo contrario de lo que por aquí se acostumbraba. Mi mente tardó en comprender que era, sin embargo, lógico.

La especialización de los cines —los «cines de plan»— la tuve mucho tiempo por característica española, operante mientras las circunstancias lo exigieron. Su momento de apogeo correspondió quizá a los años entre el veinticinco y el treinta y seis. El siguiente cuplé, cuya cita considero a la par pertinente e ilustrativa, es anterior al treinta, según mis cálculos:

Quando vayas al cine, Bartolo,
busca compañía.
Si no vas con tu novia o tu her-
llévate una tía. [mana,

En nuestra tipología social surgió el protagonista de hazañas a oscuras, campeón del azar en la butaca de al lado, seductor de vecinas de rostro incierto. La aventura en el cine empezó a figurar en los sueños de los adolescentes. Quien regresaba al pueblo después del curso, llevaba consigo, ciertos o imaginados, triunfos en las tinieblas para contar en el café o en el casino. Como matiz del donjuanismo barato, no dejaba de tener atractivos. Sin embargo, un estudio del amor en la sala de proyección concedería escasa atención a las manipulaciones de los jóvenes. Los cines de Madrid —no conozco ni guardo recuerdo de otros— abundaban en clientela más importante, al menos como ejemplos de nuestra patología sexual, que, por cierto, no difiere gran cosa de la de otras grandes ciudades. Fueron también, quizá lo sigan siendo, punto de cita, lugar de refugio, tierra de nadie de parejas trágicas, económicamente débiles. Siempre sentí por ellas especial compasión.

Si la guerra trajo consigo una flojedad en las normas y una tolerancia hasta entonces desconocida, en la posguerra las cosas no fueron tan molares. En aquel desconcierto de proyectos y programas, no faltaron quienes intentasen devolver a nuestra vida pública la castidad tradicional (que, como muchas otras tradiciones, no existió nunca: léanse los clásicos). Hubo un movimiento incrementado que culminó hacia los años cincuenta y que supongo se habrá desvanecido después. Episodio interesante fue la rotura, por manos angélicas, de un enorme cartel de propaganda cinematográfica en que Rita Hayworth exhibía sus piernas famosas. Eran aquellos tiempos en que, ante la crueldad ambiente, el amor pobre buscaba la oscuridad, su antigua cómplice, pero no en los cines, caros para la penuria de



«En el fondo, lo de hoy es lo mismo que lo de anteaer,
etapas de un mismo proceso
cuya reversibilidad pongo en duda...»

tales años, sino de los rincones, de las calles mal iluminadas, de los desmontes, de las vallas, las hondonadas de obras en proyecto, las montañas de chatarra bélica, los árboles solitarios. Los jardines prácticamente remotos. Un amigo mío, de aficiones sádicamente humorísticas, se divertía iluminando de repente, con los faros de su coche, los rincones sospechosos. ¡Y qué cosas contaba el miserable! Dios le haya hecho justicia! También contra estas parejas, clientes del parque del Oeste o de la Ciudad Universitaria, se ejerció la persecución de los campeones de la castidad al aire libre. Verdaderos comandos organizados, alguno con cura al frente, como ciertas guerrillas, y en ocasiones bien acompañados (o protegidos) de perros, irrumpían en los boscajes recónditos, en las veredas apartadas, en cualquier lugar donde la oscuridad ayudase al amor. ¡No les bastaba a las parejas el frío que tenían que pasar desde mediados de octubre! Pienso que si a veces se arrimaban

demasiado no era más que para calentarse; pero los comandos entendían que una carrera desalentada y seguida de lamentos era más eficaz calefacción. ¿Cuántos amantes no habrán arrojado la esponja y recurrido, quizá, a protecciones bastante menos inocentes, aunque también más costosas, que el cielo y la botánica? Paralelamente, las manifestaciones toleradas (y a veces alabadas, como el pipopo) de erotismo callejero, si antaño habían sido garbosas, degeneraban en grosería. El gamberrismo sexual es un fenómeno tan reciente que todo el mundo lo recuerda.

Después vino lo de ahora. A mí, tampoco me gusta. Es cualquier cosa menos paganismo, y la dosis de estupidez colectiva que le acompaña (y, con frecuencia, engendra) hace temer que la evolución inmediata no será equilibrada ni sana. Los contra-tabús vigentes son tan falsos y perjudiciales como los tabús repelidos. Las bases del estallido actual de sexualidad son falsas, y sus reiteradas manifesta-

ciones públicas, al perder el efecto de la sorpresa, dejan de ser interesantes y empiezan a ser repulsivas. Al integrarse en forma de moda, pierden virulencia, valor de protesta. Como todo fenómeno de la sociedad de consumo, subsisten por las ganancias que engendran. Por mucho que se asegure lo contrario, detrás no hay nada. No conozco ninguna «filosofía del sexo» convincente. Los mismos médicos (no todos, claro) sólo ven la mitad del problema. Pensar que el amor —con el sexo implicado, por supuesto— pueda perder su condición dramática es navegar por la utopía. El drama sobreviene aun en el caso de máxima trivialización. Es una de las señales más claras de nuestra menesterosidad. Acaso cuando la genética, convertida en política, pueda operar sobre los cromosomas hasta transformar a los hombres, la cosa cambie, pero la humanidad estúpida de entonces, más estúpida que la de ahora, habrá perdido uno de los verdaderos alicientes de la existencia. La trivialización presente del amor me consterna en la misma medida en que me irritaba la hipocresía tácita de mi infancia y de mi juventud. Una y otra coinciden en su resultado último. El falso puritanismo de antaño merecía otra respuesta que la que se le está dando. El amor es un acto tan personal que todo recato es poco. Las antiguas parejas que buscaban la oscuridad —como en la copla asturiana— me merecían más respeto que estas que hoy proclaman y a veces practican *coram populo* lo que exige intimidad por su naturaleza; pero éstas me dan más pena. No saben lo que pierden. Buscar nombres nuevos a las cosas, para hacerlas más atractivas, no es más que un modo de engañarse, pues el amor de grupo no deja de ser lo mismo que antes se llamaba, con más gracia, *cama redonda*. El espectáculo de la calle ya no escandaliza a nadie, pues la frecuencia quita hierro al escándalo, pero no por eso pierda su valor de síntoma poco tranquilizador. Hay que hacer cara al problema, que no tiene más que dos vertientes: o es un acto religioso, o es moralmente indiferente; pero en ambos casos, conserva el significado para la vida de los hombres, y como tal es un tesoro que se dilapida en fuegos artificiales. La propagación de las drogas me hace suponer que los llamados adictos no encuentran ya satisfacción en el amor. ¿No es un balance ridículo para una revolución tan grande? Estoy seguro, sin embargo, de que los jóvenes acabarían por hallar la salida si tantos intereses y tantas majaderías ideológicas no se hubieran implicado y torciesen, como tuercen, la evolución normal de la situación. Si antes topábamos con la Iglesia, ahora topamos con los hombres de negocios. ■ G. T. B.

Luis Carandell

celtibberia sex



LA MAJA DESNUDA

«El Norte de Castilla», de Valladolid, publicaba recientemente una crónica de su comentarista filatélico, don Pedro González Rábago, de la que me apresuro a dar cuenta a mis lectores. Comenta en ella diversas emisiones de sellos de varios países, haciendo especial referencia a lo que llama «la era del erotismo» en su vertiente filatélica. Da noticia concretamente de una serie de sellos de los sultanatos árabes de Ajman y Manama, con temas de desnudos tomados de obras de la pintura universal. Entre ellos, además de algunos cuadros de Renoir y otros pintores, figura una reproducción de la «Maja desnuda», de Goya. Recuerda el señor González Rábago que hacia 1930 España puso en curso una serie de sellos en honor de Goya, entre los que figuraba la «Maja», y dice que «no deja de ser curioso que los países que hoy batan el récord de la pornografía protestaron hipócritamente, con aires de puritanismo». Luego afirma que «no es posible calificar de eróticos estos sellos, y por ello me refiero a ellos por muchas razones. El erotismo lo definió Freud como el instinto de vida de los seres humanos. Eros, el dios griego del Amor, tiene a su cargo los asuntos amorosos de los hombres y, por supuesto, de las mujeres». Hace una larga disquisición para explicar que estos desnudos ya no tienen sentido erótico, porque «una estilizada minifaldosa representa mejor la belleza actual que cualquier desnudo de arte de los siglos pasados, y los jóvenes actuales, al admirar esos sellos, ya no sienten esa fuerza de cohesión de que hablaba Freud y prefieren a las estilizadas deportistas que les acompañan», aunque «para la gente mayor sigan siendo aceptables las rellenitas». Según el cronista, «no podemos calificar de pecaminosos unos sellos, valores del Estado, que reproducen obras de arte que no tienen ya vigencia erótica», a pesar de lo cual, como puede verse en el sello de la «Maja» que aparece sobre estas líneas, el señor González Rábago ha tomado precauciones. El mismo lo explica: «No obstante, para poderlos reproducir hemos colocado algo de trapo, con el fin de estar dentro de la última jurisprudencia sobre la materia. Pensar otra cosa —termina diciendo don Pedro— sería estar poseído del Maléfico».

FUNCIONARIA DEL ESTADO

En la sección "Cuenta usted su caso", del semanario "El Caso", aparece una carta de una lectora que dice haber tenido "un desliz" y necesita urgentemente casarse con alguien. Lo celtibérico del asunto no es tanto el "desliz" en sí como el motivo que da la mujer para que se comprenda la necesidad que ella tiene de legalizar su situación. La carta dice así (el subrayado es mío):

«He tenido un "desliz" con mi novio y en abril seré madre, por lo que me urge casarme pronto, pues soy empleada del Estado. Tengo veinticinco años y mido un metro sesenta y dos centímetros, aproximadamente. La persona que se case conmigo gozará de todo mi respeto; nunca se arrepentirá, porque me portaré bien. Prefiero que los que me escriban sean viudos, pero también pueden hacerlo los solteros».

CELTIBERIA AEREA

Me escribe un lector para contarme un caso que viene como anillo al dedo en este pequeño "show" sexual de "Celtiberia". Lo titulo "Celtiberia aérea", y ocurrió en el aeropuerto de Málaga a mediados del pasado mes de agosto. Mi comunicante tenía billete para el avión que sale de dicha ciudad con destino a Barcelona a las nueve de la noche. Por lo que me cuenta, cuando, a la hora de la salida, la gente estaba esperando ante la puerta que da acceso a la pista, se descubrió que uno de los pasajeros iba vestido con unos shorts. Esta es una prenda que los turistas, nacionales o extranjeros, utilizan corrientemente en las calles de las ciudades veraniegas, como Málaga, y, por otra parte, como me dice mi comunicante en su carta: "Le aseguro, señor Carandell, que eran unos shorts perfectamente castos". Sin embargo, "el comandante del avión, fiel guardián de la moral de a bordo y pensando sin duda que las piernas del caballero pudieran provocar el desenfreno en sus vecinas de asiento, ordenó que se señalara al pasajero la imposibilidad de volar con ropas tan poco formales. Así, pues —sigue diciendo mi informante—, los empleados transmitieron la orden, y el pasajero, que al parecer era italiano, hizo un gesto de hastío, murmurando: "Spagna, Spagna...". Abrieron de nuevo la bodega del avión, donde ya estaban guardadas las maletas, y buscaron trabajosamente el equipaje del pasajero a fin de que pudiera cambiarse". Y dice mi lector: "El italiano entonces, con encomiable parsimonia, se cambió completamente de ropa, incluso los zapatos, y como todo este cambio se hizo ante el numeroso público que llenaba las terrazas del aeropuerto y ante los demás pasajeros que estaban esperando, hubo una general y estruendosa carcajada cuando el tal señor se quedó en minicalzoncillos en medio de la pista, con lo que el efecto fue completamente contrario. El avión salió con media hora de retraso".

VIAJE DE NOVIOS

La costumbre del «viaje de novios» se ha generalizado hasta tal punto en España, que nos ha hecho olvidar cuál es el verdadero punto de vista tradicional acerca de esta cuestión. Doy aquí una página de una «Guía de la Juventud», publicada a fines del pasado siglo por don Gabino Tojado con el título de «La entrada en el mundo»:

«De otra pícara costumbre quiero hablarte, que la moda extranjera ha introducido en las clases superiores de nuestra sociedad, y consiste en que mientras se está celebrando la boda suele estarse preparando el equipaje de los recién casados, para que, inmediatamente después de recibir la bendición, se larguen a correr montes y mares, de diligencia en diligencia y de ferrocarril en ferrocarril».

Consecuencias que trae esta perniciosa costumbre:

«¡Bonito modo de poner a tu esposa en posesión de tu casa y de darla a conocer a tus criados! ¡Buena manera de iniciarla en sus graves deberes, llevársela a Francia, Inglaterra, Alemania, Italia, para que se llene la cabeza de caprichos y se habitúe a vagar de placer, disipando su corazón y vuestro dinero! ¡No hay duda que volverá bien dispuesta a recogerse en el retiro de su casa para cuidar como debe de las mil y mil minuciosidades encomendadas a una esposa solícita y diligente!».

Veamos qué dice la tradición española:

«En verdad que si durase hoy en los españoles el ardentísimo amor patrio de otros tiempos, a menos tendrían nuestros recién casados de familias distinguidas el que, en vez de ser concebidos sus primogénitos bajo el techo de sus padres y en el sagrado tálamo de sus casas solariegas, lo fuesen como hijos de gitanos y proscritos, en suelo extranjero y bajo el profano albergue de fondas y hospederías».

Y añade:

«Si lo que se pretende con estas importunas viajatas es libertarse por algún tiempo de las visitas, no siempre agradables, y de los parabienes, no siempre limpios, de amigos y parientes, váyanse enhorabuena los recién casados a respirar una temporada el aire libre del campo, y allí, rodeados de sus familias, coman en manteles de castidad y condimentado por el recato, en santa paz doméstica, el "pan de la boda».

LEER EL PERIODICO

En Castellón de la Plana acaba de hacerse pública una circular sobre iluminación de salas de fiestas que, como suele decirse, no tiene desperdicio. Empieza diciendo que «la comprobación de la deficiente iluminación de algunos locales de pública concurrencia, especialmente discotecas, ha motivado que la autoridad se plantee este problema en cuanto pueda afectar a la moralidad, buenas costumbres y armónica convivencia de relación que debe observarse en estos locales». Invoca la circular en su apoyo el Reglamento de Espectáculos Públicos de 3 de mayo de 1935 y la autoridad de la Junta Central Consultiva de Espectáculos Públicos, la cual estableció el grado mínimo o intensidad de luz para la correcta visibilidad en el interior de estos locales. Sobre esta base, la autoridad de Castellón establece que tales locales «deben tener una iluminación proyectada para que no se produzcan zonas de penumbra en los puntos comprendidos entre el pavimento y un plano de dos metros sobre el mismo». Para las salas de baile fija un mínimo de 5 lux (salvo en los momentos de presentación de atracciones), aclarando que se entiende por lux la intensidad de una superficie de un metro cuadrado expuesta a los rayos de una candela a la distancia de un metro. Con el fin de dejar bien claros los conceptos, termina diciendo que «en todos los casos, la luminosidad deberá ser de tal naturaleza que permita leer normalmente un periódico». Me envían el recorte donde aparece publicada la circular unas señoritas de Morella, provincia de Castellón, diciéndome en su carta: «¿Cree usted que a esos locales se va a leer el periódico?».

~~.....~~
~~.....~~ Casa Lehocinio
~~.....~~
~~.....~~

COSAS DE LA TELEFONICA

En una de las páginas de la Guía Telefónica de Salamanca y su provincia aparece la inserción que reproduzco más arriba (tachando cuidadosamente los nombres y direcciones).

DISFRUTE HOY DE UN
FIN DE SEMANA QUE

DOVER

LE OFRECE EN AMBIENTE GRATO Y SELECTO



CON SUS YA FAMOSOS COCKTAILS HAWAIIANOS Señora, si usted tiene algo contra su cónyuge, no lo piense más: ¡Que saboree... el

BASTARDO SAFFIN

(MATA MARIDOS)

MATA MARIDOS

Un bar de Burgos se anuncia mediante la expresiva inserción que aquí reproduzco:

INOCENCIA ESPAÑOLA

Me escribe una señorita para contarme un caso que le ha sucedido hace unos días en Alicante. Mi lectora, aunque española, trabaja desde hace tiempo en Inglaterra, y como ella misma me dice: «Yo, castellana de nacimiento y familia, no estaba muy familiarizada con el ambiente veraniego alicantino y, después de haber leído mucho sobre la dulce vida de estas costas y tras una prolongada estancia en Inglaterra, tenía la impresión (¡oh ingenuidad!) de que esto era una especie de, bueno, llamémosle zona libre». Resulta que mi comunicante, que se encontraba en Alicante con una amiga suya, tuvo que acompañar a un amigo que llegó de Londres por aquellos días, en lo que ella llama «una penosa excursión a la caza de habitación» para el recién llegado. Anduvieron los tres, las dos chicas y el amigo, de hotel en hotel y de pensión en pensión sin encontrar sitio, y finalmente llegaron a una residencia bastante lujosa donde tenían un cuarto para el inglés. Les atendió un joven, el cual, cuando las dos chicas se disponían a acompañar a su amigo al cuarto con el equipaje y las cosas, les dijo: «Lo siento, pero las señoritas no pueden subir». La cosa no termina aquí, porque en ese momento, y ante el estupor de los huéspedes, la dueña le dijo al recepcionista con primitiva inocencia: «Pero, hombre, ¿no ves que sube con dos señoritas? Así sí puede subir. Siendo dos...».

RENUNCIAMIENTO A LA ANIMALIDAD

Una lectora de Barcelona me envía la carta que acaba de recibir de unos tíos suyos residentes en un pueblo de la provincia de Murcia. Me la manda rogándome su publicación, porque, realmente, la carta es un modelo de intransigencia carpetovelónica. Por lo que yo deduzco, aunque mi comunicante apenas me lo indica, el anciano tío que escribe la carta conoce ciertas diferencias existentes entre su sobrina y los padres de ésta a propósito del noviazgo de la muchacha. La carta, y este es un dato importante, lleva fecha 5 de septiembre de este año, y no se trata, como pudiera parecer al leerla, de una reliquia del pasado, sino de una moderna muestra de espíritu inquisitorial español. Transcribo la carta, sin comentarios, limitándome a subrayar lo más granado de ella:

Querida sobrina: Mucho pensamos en ti y te deseamos lo mejor y te pedimos seas ejemplo de bien obrar, porque es mucha tu responsabilidad ante tanto hermano como tienes. A ti y a los demás sacrificio de apatencias materiales os pido, renunciamiento de la animalidad. Espíritu equilibrado os recomiendo.

Padres e hijos mayores pesan tanto, como conductores y guías, que es enorme su responsabilidad. Y no cabe al mal obrar la inmediata tendencia a engañarnos a nosotros mismos y caer en ridículos tantos que nos convierten en el *histrion* o payaso que hace reír a los demás, ni pretendamos negar verdades eternas solamente porque aconsejan o imponen la buena conducta y negación de erróneas apatencias que nos acusan.

Seamos humildes reconociendo la raíz de nuestra corrupción y arrancándola con toda energía como hacen los seres conscientes, no los que tienen su lugar en el correccional o en el sanatorio de mentales.

Desgraciada la casa alterada por estos enfermos, que siempre se tienen por sanos. Hay que escucharlos en los patios de los manicomios, mas no están todos los que son. Cuando en personas que siempre se han controlado y se manifiestan buenos católicos, se da el viraje en su manera de manifestarse y de buenas a primeras acuden negando lo más divino o retirándose de los sacramentos, siempre, siempre pienso, pecados monstruosos, inconfesables hay en ti, de los que no sabes salir, en los que te has viciado. Remedio: acudir a un sacerdote sabio y anciano. Aunque hayamos perdido la fe o estemos a punto de perderla, aunque estemos a dos pasos de la alteración mental: consultar a un sacerdote experimentado. Jamás abandonarse en el foco de la corrupción. Salir de ese morbo, no entregarse. No se puede escapar de una tremenda responsabilidad entregándose más de lleno al vicio a costa de negar a Dios.

No os apartéis ninguno de vuestro tío, que lo mejor para vosotros quiere.

¿NO HAN VISTO NUNCA CHICAS?

Un español que trabaja en Inglaterra ha recibido de una conocida suya inglesa la tarjeta postal que aquí reproduzco. Me autoriza a publicarla en mi sección, con la esperanza de que pueda contribuir a corregir en alguna medida el «machismo ibérico» de los españoles. Copio el texto para facilitar la lectura:

Querido Roger: Como puede ver estoy en Valencia siguiendo el curso de español. Naturalmente, el tiempo es mejor que en Inglaterra, pero no los hombres. ¿No han visto nunca a las chicas? Es absolutamente terrible. No se puede salir sin llamar la atención de todos los hombres. ¿Son todos así? Pido que perdona el mal español. Espero que hace usted progresos en sus clases de inglés. Mary.

